REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXV | San José, Costa Rica | 1932 | Sábado 3 de Setiembre | Núm. 9

Año XIV. No. 601

SUMARIO

El segundo Fray Luis de León

= De *Lecturas Dominicales*. Bogotá=

Fray Luis está en la celda de su penitencia en Salamanca, castigado por su antojo de dar la Escritura en lengua vulgar, a lo que le llevó de seguro tanto el gusto de ofrecer la santa palabra más genuina como el de oírsela en español.

Fray Luis vive las angustias de estar visto en pecado de infidelidad y de saber que lo que hizo fue por ímpetu de fidelidad. Siente ese desasosiego particular del que está culpado de algo y al cual el mismo que lo cree inocente suele ponerle un ojillo de recelo, sin creer aquello y creyendo un poquito... Es un alma de aquellas que la injusticia no voltea como un bolsillo: él no ha gritado contra la Inquisición, contra el Papa ni contra sus colegas, golpeado por los tres. No se tiene en vano tánta dignidad al escribir y no se escribe en vano desde el primer jalón de la lengua para saltar como un pez picado por el anzuelo y echar denuestos sobre su propia familia; Fray Luis se ha callado y así se quedará cinco años, callado. (Son mucho cinco años cuando se tienen ya cuarenta y cuatro).

En la celda le hacen falta pocas cosas, al muy sobrio, pero las pocas son vitales y puede consumirse sin ellas: echa de menos su clase, donde día por día en la discusión, se batía el alma amiga de batirse, le falta el comercio de los alumnos que rejuvenece al hombre viejo: le hace falta el huerto ordenado de matas y de árboles como una página de Horacio que él tenía en "La Flecha", y le hace falta la conversación tendida—terribles conversadores españoles!—con el ciego Salinas, hombre de voz grata porque es músico y amigo más cariñoso de tener pocos amigos, como los ciegos. Más no le falta, pero duele y cuesta ir viviendo sin eso.

Ahora tiene cuarenta y seis años Fray Luis, y se va poniendo tierno y echando otras sus porfías; sin madre vieja y sin hijos niños que soben su cordobán y lo vuelvan una badana dulce, él siente que la cincuentona, ella sola, lo va ablandando.

Doctor de almas, ahora guardado allá sin almas que celar, se mira muy fijo a sí mismo y se madura con esa vista parada. También la mirada fija, parecida a la del Buda, es peligrosa en la soledad, y él es un español del tiempo, un rico y un activo, que si sigue viviendo así de quieto, puede estallar. Fray Luis no puede más y se pone a escribir y a comentar... la Biblia—para eso nació—y a discutir adentro del comentario, como es natural, para eso también nació. ¡La cosa no tiene remedio! El se inventa los interlocutores, y llega a ver delante a Sabino y a Juliano (él será Marcelo) y el comento de cada coyuntura del asunto será largo, para que cubra la noche vacante. Le quedará por resolver únicamente la falta de marchas a pie por la meseta de Castilla que de ser tan desnuda, parece nada más que senda.

Fray Luis de León

Es un "Tratado de Dios" lo que él va escribiendo, y otro vanidosillo le llamaría así, "Tratado de Dios"; él no, porque además de pretencioso, sería peliagudo como una reincidencia en lo que está purgando. El título que halla será modesto o disimulado: los "Nombres de Cristo", y un repaso de apelativos divinos, un poco didácticos en la apariencia y al que le arde debajo de la brasa mística, la que ojea la Inquisición...

Fray Luis no es el frailecito manso, colgado de las estrellas de julio—las mejores estrellas—que lee su Horacio (1) en un jardín, maestro de unas serenidades cristalinas, al cual nos habían enseñado componiéndole el carácter según el ritmo que da su cláusula. San Juan de la Cruz fue lo primero y a lo último tal vez llegó el pobre de Molinos con medio cuerpo echado sobre el Asia. Ahora nos averiguan y nos enseñan, por ver si le desqueremos, un Fray Luis de pasión y de pasiones, algo revoltoso en su gremio de profesores-teólogos (terrible, la conjunción), al cual un airecito destempla y le echa a perder el día una cara agria que le miró en un pasillo. Se pone a veces en las discusiones tan terco y tan ingenuo como Ponce de León y otras tan pendenciero como un Pizarro, de los de Perú.

Esas y otras novedades pueden contarnos los fojeadores de papeles — los malos y los buenos—: no nos rompen adentro a nuestro padre Fray Luis, por aquello de que cualquier padre no es terracota sino buen bronce adentro de su hijo. Nos pasará con él, lo que con la felpa genovesa, que los compradores "contadini" apretujan en la mano para ver si es felpa o terciopelo, y que después del apretón se queda lo mismo. Es posible que lo queramos un poco más, como al padre colérico que se encierra enseguida del enojo, llora largo en su cuarto y sale con los ojos colorados.

¿Su escritura que nos da paz no salía de un pecho con paz sino con violencia? Cualquier confesor se sabe muchos trucos secretos y Fray Luis pudo hacer lo que el músico que apela al ritmo contrario para sosegarse, tratando su pobre sangre frenética como se trata a los niños taimados. Los pedagogos ateos—me lo sé de alguno—hacen sus gimnasias respiratorias con el mismo fin de aplacarse. Les admitimos a los "factores" del segundo Fray Luis que esa cláusula suya, de felpa, buscaba sosegar sus pulsos al galope y que ese levantar la cabeza a lo alto, era un apetito furioso de paz, era un querer mamar la leche del cielo que es el sosiego puro.

(1) ¿Por qué le citan siempre a Horacio y no a Virgilio como guía?

Hay que acordarse también de que apasionado y violento suelen ser cosas distintas: el uno se sangra y el otro sangra; el cuchillo vuelve la punta.

Los tiempos actuales, por otra parte, son muy dinámicos, y le hacen un favor a Fray Luis sus críticos en trocarle la estampa que tenía, casi de santón, de rezador embobado, por ésta de hombre de carne y hueso, enojado con los pedantes de la Universidad y los fanáticos de la calle, y peleando su derecho a enseñar, él, teólogo entero, en vez de los teólogos a tercias. En su hebreo resabido se apoyaba y en su castellano tan suyo que él lo estaba haciendo en esos años como se levanta la buena casa donde había una casucha provisoria.

Hay que acordarse aún de que Fray Luis era un agustino y que por algo había escogido para su pastor al africano. Se le atravesó al paso no el diferente que corrige (el franciscano pudo ser éste) sino los dominicos, más batalladores que él, y pasó lo que tenía que pasar...

El socio de veras importante del alma en este mundo, el cuerpo, le falló a Fray Luis, y posiblemente aquí está la razón de lo demás.

Flacucho como lo da su retrato, enfermo siempre, débil en cualquier miembro, traicionado por ese amigo que en casi todos nosotros es leal, puede decirse de él como de San Francisco que para poder algo con semejante naturaleza debía hacer las cosas todas "con la voluntad" y no con las manos, las espirituales y las corporales. Por eso le dolía al pobre el alma magullada en la obligación de hacer lo de ella y lo de otro...

Inquisidores y priores le hurgaron en los pecados posibles y le sacaron a relucir orgullos y rebeldías, aunque no le arrancarían de la garganta un grito efectivo contra la Iglesia. Su pecado, si hemos de hallárselo, el único que tiene prueba—sería el mismo casi vicioso (lindo vicio) del estilo; su delectación visible en metáforas y armonías muelles, su mucha regalonería con las palabras "que son sombra" según el monje. Los jefes le buscaban el santo y a lo menos el justo, y no entendieron que "eso" era un escritor a secas, un grande escritor sentado a escribir sobre Jesucristo y a honrarlo con una nobilísima escritura, puesto a decir el cristianismo de la manera más donosa, pero desde una intención tan estética como amorosa. En esta tragedia de Fray Luis, al igual que en otras, el mal estuvo en que no le buscaron lo primero y tal vez lo único que hay que seguirle a la criatura: la vocación. Le dijeron y le siguieron diciendo demasiado "el místico", y era eso enseguida de escritor, y no lo era antes como en su hermana mayor Santa Teresa y su hermano menor San Juan. (Se dice que la santa es mayor en cuanto a noticias divinas y que es menor San Juan en la manufactura de la prosa.) Entendiesen esto los priores y lo dejasen escribiendo golosa y perdidamente, sobre la "persona de Jesucristo".

La reacción racionalista hizo en exceso de Fray Luis un justo maltratado a golpes; la actual le rompe bien la aureola de martirio mostrándonos que él sufrió menos de lo que habíamos creído. Los que sabemos un poquito leerlo vamos a aceptar las dos cosas: que no sufrió tanto de los decretos inquisitoriales y padeció más de llevar el alma construída para sufrir como un aparato de física para su menester. El Job verdadero es Amiel o Fray Luis; la casa no se les derrumba aplastándoles a la prole y los ganados no se los come un fuego del cielo, que son males de bulto y un poco pirotécnicos. Les ocurre a estos Jobes el trance peor de llevar agujas en todo el cuerpo y no poder sacárselas, porque nacieron con ellas y se les pasean por el cuerpo, y les pasa el que no pueden sufrirse a las gentes feas, gruesas y chillonas, y lloran de la convivencia con ellas como la bola de musgo de la piedra que se le encaja. Buscan en quienes mandan y que los rigen a ellos, unos hombres superiores, sin entender que sus iguales son escasos, que ellos han sido puestos en este mundo como la mercancía fina en el mostrador de la feria, revueltos con los cachivaches. El desorden y la repugnancia les dura hasta que la muerte los compra por vacantes y les da alivio retirándolos de su humillación larga: sesenta años duró la humillación de Fray Luis.

Gabriela Mistral

Volvamos a Horacio

= Del *Ultílogo* del *Horacio en España*. Madrid. Casa editorial de Medina. (Sin fecha). =

Parece que esta materia—¿cómo ha **sido y debe ser la poesía lírica en España?**—anda a la moda en ciertos círculos, y que la **santa eficacia de la discusión** (cuya santidad negamos muchos) ha dado lugar a bastantes aberraciones y salidas de tono. Para mí, la primera forma lírica es la **horaciana;** nuestro gran modelo debe ser Fr. Luis de León. Lejos de pensar que la poesía lírica de nuestro siglo es superior a la de todos, y que **se ha desarrollado con la libertad moderna,** y otras cosas por el mismo estilo, téngola por inferior a la lírica de la antigüedad y a la del Renacimiento, y juzgo patriotero y antiestético ese contubernio de la revolución con el arte. Precisamente la musa lírica, por su carácter íntimo y personal, es la que menos debe ajar su manto con el lodo de calles y plazas.

¿Cuál debe ser el rumbo de nuestra lírica, si ha de conservarse fiel a sus gloriosas tradiciones? No dudo en responder que el **horaciano.** ¡**Nada de imitaciones ni de renacimientos!** oigo decir a los críticos, escandalizados de tan espantoso retroceso. **Hay que vivir de la vida de su siglo; la humanidad adelanta siempre.** Calma, señores: en cuanto a esa famosa ley del progreso habría mucho que hablar, y por de pronto en el arte rotundamente la niego. Homero, la escultura griega, la pintura italiana del Renacimiento, Cervantes, Shakespeare, aún aguardan, y han de aguardar mucho, a lo que parece, no rivales, sino dignos sucesores. Está visto que ni la pintura, ni la escultura, ni la épica, ni la novela, ni el teatro adelantan un paso, sino que van de caída en caída. Lo que adelanta siempre son las ciencias de observación y las artes mecánicas. Pues si en ningún género artístico vemos progreso, ¿por qué ha de haberle en la lírica? ¿Qué tienen que ver las fábricas de algodón, ni las **libertades** parlamentarias, ni los motines, ni la milicia nacional, ni los ferrocarriles, ni los telégrafos, con la casta y recogida Diosa de los himnos? Todo ese estrépito, lejos de agradarla, la ahuyenta. Así, pues, tengo para mí que (dejada aparte la incomparable poesía de los sagrados libros) el **summum** de la perfeción artística en punto a lirismo es Horacio.

Pero entiéndase que no pretendo que nos vistamos de nuevo la toga y nos transformemos, siquiera momentáneamente, en paganos, ni que sigamos en todo las huellas del Venusino, lo cual en parte fuera incongruente y en parte digno de censura. ¡Y líbreme Dios de recomendar esa falsa y ridícula imitación de ciertas épocas en que, con fárrago mitológico traído fuera de tiempo y con ciertas formas convenidas y de ritual, que malamente se llamaban **clásicas,** solía tratarse todo asunto, aún de los modernos. No es eso.

La restauración horaciana que deseo es la de **la forma** en el más amplio sentido de la palabra. Renazcan aquella sobriedad maravillosa, aquella rapidez de idea y concisión de frase, aquella tersura y nitidez en los accidentes, aquella calma y serenidad soberanas en el espíritu del artista. Esto pido, esto deseo. No quiero poetas estoicos y de una sola cuerda. Gusto de ingenios flexibles y que sepan recorrer todos los tonos y encantar en todos. Esto hizo Horacio, y después lo han conseguido muy pocos.

El Renacimiento heredó su lira y la añadió nuevas cuerdas. Fr. Luis de León, inferior a Horacio en lo **moral** y en lo **heroico,** voló más alto que él con las alas del **misticismo,** y firmó el pacto de alianza entre la forma antigua y el espíritu nuevo. Sólo a condición de cumplir ese pacto han sido y serán grandes los líricos modernos. Goethe quiso enlazar el **Fausto** germánico con la **Helena** griega. ¡Consorcio imposible! En el brillante cielo del Mediodía nunca dominarán las nieblas del Septentrión. Para nosotros, los pueblos latinos, la vida debe estar en el espíritu cristiano y en la forma clásica depurada. Sangre romana, no bárbara, es la que corre por nuestras venas.

Pero se dirá: **acudamos a nuestra poesía lírica nacional y restaurémosla.** Si por lírica nacional se entiende, como debe entenderse, lo mismo la de los eruditos que la del pueblo, la lírica nacional es la **horaciana,** o si se quiere la **leontina.** Si se entiende sólo la **popular,** no existe

o no vale la pena de restaurarse, y aún oso afirmar que ningún pueblo la tiene.

El genio popular no es **lírico**, es **épico**, es **impersonal** por excelencia; no canta, refiere. Epica es la admirable poesía de nuestros **romanceros**. Tiene también su lirismo el pueblo, pero o rudimentario o aprendido. Cese en nuestros vates esa manía de las coplas, de los cantares y de las seguidillas. Si son populares, no son buenos; si son buenos, no son populares. Y en todo caso, vale más imitar a Horacio que al ciego de la esquina.

¿Y por qué a Horacio? se me dirá. ¿Por qué no a otros modelos? Veamos. ¿A David y a los Profetas? Enhorabuena: no hay poesía como aquella, pero **sancta sancte sunt tractanda**, y sería el colmo de la profanación y del sacrilegio aplicar a todo las formas bíblicas, y hablar de amores, por ejemplo, en el estilo del **Cantar de los Cantares**.

Además, fuera de los asuntos religiosos y de algún otro muy raro, como los elegidos por Herrera y Filicaja, el tono del lirismo hebreo no se acomoda bien a la poesía del Occidente. Agréguese a esto la inmensa distancia a que ha de quedarse siempre en la imitación de los modelos sagrados, y los extravíos de gusto a que esta imitación mal entendida del estilo oriental lleva facilísimamente, y se comprenderá la cautela con que ha de proceder quien aspire al lauro de **bíblico** poeta.

¿Los himnos de la Iglesia? Buenos para el santuario, mas no para la plaza pública ni para el teatro; que esto fuera irreverencia. Además, esos himnos, con no llegar a la perfección artística de Horacio, suelen ser, a lo menos en la forma rítmica, imitaciones de la lírica latina. El más grande de los poetas eclesiásticos, nuestro español Prudencio, es **horaciano** una porción de veces. El mayor elogio que sus panegiristas han encontrado es llamarle **el Horacio cristiano**.

¿La poesía italiana? La agotaron nuestros vates del siglo xvi. Estamos hartos de canciones y de sonetos **petrarquistas**. En cuanto a odas **horacianas**, háylas por aquí tan buenas o mejores que por allá, y vale más tomar de nuestra casa que ir a la ajena. Por lo que hace a poetas modernos, los imitadores de Leopardi son una verdadera calamidad. No toman de su maestro la hermosura artística prodigiosa, sino aquella desesperación y amargura, que si se toleran y aún perdonan en almas tan grandes como la del poeta recanatense, hácense insufribles en medianías entecas y escritores chirles, de café y casino, en quienes corren parejas la falta de fe, de voluntad y de talento.

¿La poesía francesa? Poco tiene que imitar en la lírica, si quitamos sus tres grandes poetas modernos. Pero si tenemos tradiciones literarias en España, ¿para qué seguir las de allende el Pirineo?

¿El gusto alemán? ¡Horror! La misma relación tiene con el nuestro que el del Congo o el de Angora. Nada de Heine, de Uhland ni de Rückert. Todo eso será, y es de positivo, muy bueno allá en su tierra, pero lejos, muy lejos de aquí. Nada de **humorismos** ni de nebulosidades. **Suum cuique.** A los latinos poesía latina, a los germanos germanismo puro. ¿Para cuándo son las leyes de la historia y de las razas?

Volvamos a Horacio: no hay otro camino. Y digo **a Horacio** y no **a los griegos**, por varias razones: 1º, porque Horacio está más cerca de nosotros y es un ingenio de temple moderno; 2º, porque nuestros antiguos imitaron a Horacio más que a los griegos y conviene respetar la tradición en todo; 3º, porque Horacio y los griegos vienen a ser la misma cosa, dado que el segundo reunió los caracteres de todas las escuelas líricas que le precedieron; 4º, porque la poesía lírica de los griegos que nos ha llegado más íntegra es la **coral**, inimitable en lenguas modernas, como lo han patentizado inútiles y repetidos esfuerzos; 5º, porque el resto de la lírica griega, esto es, la **eólica** y la **jónica**, está reducida a fragmentos; 6º, porque a Horacio puede haber alguna esperanza de acercársele, pero a los griegos ninguna, puesto que en los griegos derramaron las Musas sus tesoros, dejando muy poco para los bárbaros que vinimos después.

Marcelino Menéndez Pelayo

Estampas

El pacto de la libertad

= *Colaboración directa* =

Ya tenemos frente a nuestra mesa de trabajo un cuadro del Dean Swift. Enseña el Dean a Stella. Maestro y discípula siguen los renglones del libro abierto sobre el escritorio lleno de papeles. Los dos aprenden. Es sugestivo el cuadro. Lo vemos y al instante algún episodio de las creaciones de Swift se anima y da su enseñanza.

¿Qué nos dice el pacto de la libertad que brota ahora de la cabeza del Dean? Pensativos hemos puesto los ojos sobre el cuadro admirable y Gulliver acaba de firmar el pacto que le quita las cadenas. Su firma está a la par de la del Emperador de Liliput. Nueve cláusulas tiene el pacto y todas aceptadas mediante juramento solemne. La última es la cláusula de la recompensa. Gulliver recibe una ración diaria de carne y bebida. Bien ganada la tiene el andariego. Libertad y comida para que sea buen servidor del imperio que lo redujo a la cautividad. Las cadenas no lo atarán más, pero tampoco hará lo que se le antoje. Es una libertad condicionada a ciertos requisitos que garantizan la seguridad del Imperio. Por esto lo obligaron a firmar el pacto de la libertad. Carne y bebidas, no le faltarán, pero será un sumiso. Hará lo que Liliput quiera. Es decir, a cambio de la pitanza se comportará como el gobierno soberano mande.

En las inmediaciones de Liliput está la Isla de Blefusco y sus habitantes guardan viva una rivalidad feroz contra los liliputienses. Gulliver sabe que esa rivalidad acabará con los dos pueblos. Pero el pacto de la libertad no le da derecho a discernir. Si es loco, si no sigue una conducta de absoluta prudencia le quitarán la ración de carne y las bebidas. Blefusco no tiene derecho a existir. El principio de exterminio es algo imperativo. Gulliver siente que no hay motivos para aquella discordia mortal. Pero firmó el pacto de la libertad y lo juró con solemnidad. No puede faltar al pacto. Si falta a ese pacto no tendrá carne ni bebidas y volverá a la esclavitud. Liliput es soberano y quienes sirven a Liliput han entregado todo arresto y toda reflexión. Liliput no quiere sino sumisos, gente sin aliento creador. Gulliver piensa que su corpulencia mental y corporal le da movimiento libre en aquel feudo, pero la realidad lo ciñe y lo vuelve cuerdo. Nada de locuras. Si firmó el pacto de la libertad que le proporciona carne y bebidas tiene que ser fiel a la tradición que el gobierno mantiene. Coma y beba lo que Liliput le da por su alianza. No discuta la justicia que a Liliput asista en sus luchas contra Blefusco.

La bebida y la ración de carne que

recibió al firmar el pacto de la libertad, lo llevaron a apoderarse de la flota de Blefusco. Hazaña muy celebrada por el Emperador de Liliput, quien lo condecora con la más alta insignia del Imperio. Ya tiene carne, bebidas y honores. Ha sido sumiso. Ha servido fielmente al gobierno. No ha pretendido disentir nunca del parecer de ese gobierno. El pacto le recuerda su condición subordinada y vuelve callado a acogerse a sus cláusulas. La final es la más humillante, pero le da el sustento en aquel suelo extraño.

Es un servidor admirable del Emperador y entonces advierte éste que puede aprovecharlo para acabar con Blefusco, para reducirlo a provincia y gobernarlo por medio de un virrey. Invoca el Emperador el pacto y le propone que lleve la esclavitud a Blefusco. Gulliver ha firmado el pacto de la libertad, pero vacila cuando le hablan de esclavizar a un pueblo. Vacila, porque es vil la tarea y todavía no se ha envilecido. No irá a luchar contra aquel pueblo fuerte. Lo dice con resolución al Emperador de Liliput. Sabe que pone en peligro su vida. La ira del liliputiense vendrá como corrosión infernal y lo maltratará. Sin embargo, él no hará la obra de destrucción que le proponen en nombre del pacto que le dió carne en ración diaria. Lo afirma y se impone. Blefusco no es conquistado por Gulliver.

Reflexión honda es la que da ese episodio estampado por el Dean Swift en la vida del andariego Gulliver. El pacto de la libertad es terrible. Para tener acceso a la vida que da carne y bebida tiene el hombre que aceptar todas las subordinaciones. Si no es sumiso con el amo, si no calla siempre, pierde su carne y su bebida. Tiene que nivelarse. En la nivelación está completa su estatura. No piense hacer el ridículo teniendo juicio propio. Carne y bebida están reñidas con discernimiento, con opinión. Igualarse a la colectividad. Cuanto más achicamiento, mayor seguridad para la pitanza. Si el amo ordena, por la orden hay que doblarse y volverse fiero para destruir.

Pero también hay el aspecto creador del episodio, que es grande, que es majestuoso. Carne y bebida no atan al hombre de honor. Por ellas puede trabajar sometido a la vara de mando que se alza sobre su cabeza. Pero mientras no subordine su espíritu, mientras acepte como cosa transitoria la voz de mando, puede afirmar que está salvado para la obra grande. Gulliver es fiel al pacto que le dió la libertad y por ese pacto lucha hasta destruir los medios de defensa de un pueblo rival. Pero no avanza en el camino de la infamia. Cuando quieren los amos que cometa una vileza, sabe decir ¡no! enérgicamente. No va a servir de instrumento para la esclavitud de un pueblo. Su espíritu se ha salvado del contagio de la ración diaria de carne y bebidas.

Y esto es lo esencial en la vida del hombre, salvar el espíritu para la obra de creación. Los que ocupan puestos de mando no saben cuán útil es dar carne y bebida, pero sin exigir subordinación. No saben que cuando el espíritu del hombre se conserva fuerte, nada lo contiene en el camino de la libertad. Ni las amenazas, ni la pérdida del sosiego. Hay para el hombre de honor un camino de sacrificio que se transita sin necesidad de preguntarse si al final de él habrá recompensa. Gulliver ha hecho cosas odiosas, pero sabe que no hará aquella iniquidad que le niegue dignidad de hombre. Por eso cuando oye decir que su brazo fuerte será arma para apachurrar la libertad de un pueblo, se estremece y recobra su dignidad. Para esclavizar no nació él. Es decir, firmó el pacto de la libertad pero no dijo que entregaba su vida a los caprichos de un amo que podía imponer envilecimiento. Guardó su espíritu del contagio y en el instante grande lo sintió iluminar y darle la resolución inmensa de salvarse.

Unos dirán que es hilo muy sutil el del episodio de Swift. Es posible que sea sutil para los que no quieran buscar en la expresión escrita de los grandes espíritus un medio de redimirse. Nuestra devoción por el Dean profundo nos ha retenido hoy el pensamiento en torno a su retrato. El episodio del pacto de la libertad vino espontáneo y no hemos dejado que pase sin prender en nuestro ánimo su enseñanza. Para el mundo transcurren días de influjos tremendos que se extienden contra principios que parecían ya definitivamente conquistados. Todos los pueblos reciben la sorpresa del asalto que no se esperaba. Y es conveniente entonces buscar en la expresión sutil del grande hombre aquello que guarda el fuego que da el temple de resistencia fuerte. Nosotros, que hemos llevado meditativo el pensamiento al retrato del Dean Swift, encontramos en su ficción el aliento que da en esta hora amenazante la aspiración de ser fuerte. Creemos que la fortaleza es lo único que nos salvará. Mientras nos resistamos a servir de instrumento para que los amos que tienen en su poder la carne y la bebida, hagan fechorías, estaremos resistiéndonos a que principios de libertad y de justicia sean destruídos sin oponer la muralla del más duro de los repudios.

Mediten en el episodio del pacto de la libertad y digan si el Dean Swift dió o no al mundo una gran enseñanza. Los que la encuentren, aprovéchenla. A veces la ficción encierra mundos que son auroras de libertad. Swift acumuló verdad y por eso sale tan pura cuando se leen sus páginas grandes y severas. Acordémonos de que a su héroe no lo hizo moverse nunca en el plano de la vileza. Acordémonos de que en el episodio del pacto de la libertad le dió la inmensa resolución de gritarle con severidad al amo cuando éste quiso que su brazo fuera arma de esclavitud.

Juan del Camino

Costa Rica y setiembre de 1932.

Dos cuentos del cholo y del montuvio

=De la notable compilación *Los que se van*, por J. Gallegos Lara, E. Gil Gilbert y D. Aguilera Malta. Guayaquil. 1930 =

EL GUARAGUAO

Era una especie de hombre. Huraño, solo. No solo: con una escopeta de cargar por la boca i un guaraguao.

Un guaraguao de roja cresta, pico férreo, cuello aguarico, grandes uñas i plumaje negro. Del porte de un pavo chico.

Un guaraguao es, naturalmente, un capitán de gallinazos. Es el que huele de más lejos la podredumbre de las bestias muertas para dirigir el enjambre.

Pero este guaraguao iba volando al rededor o posado en el cañón de la escopeta de nuestra especie de hombre.

Cazaban garzas. El hombre las tiraba i el guaraguao volaba i desde media poza las traía en las garras como un gerifalte.

Iban solamente a comprar pólvora i municiones a los pueblos. I a vender las plumas conseguidas. Allá le decían "Chancho-rengo".

—Ej er diablo er mui pícaro pero siace er Chancho-rengo...

Cuando reunía siquiera dos libras de plumas se las iba a vender a los chinos dueños de pulperías.

Ellos le daban quince o veinte sucres por lo que valía lo menos cien.

Chancho-rengo lo sabía. Pero le daba pereza disputar. Además no necesitaba mucho para su vida. Vestía andrajos. Vagaba en el monte.

Era un negro de finas facciones i labios sonrientes que hablaban poco.

Suponíase que había venido de Esmeraldas. Al preguntarle sobre el guaraguao decía:

—Lo recogí de puro fregao... Luei criao dende chiquito, er nombre ej Arfonso.

—Por qué Arfonso?

—Porque así me nació ponesle.

Una vez trajo al pueblo cuatro libras de plumas en vez de dos. Los chinos le dieron cincuenta sucres.

Los Sánchez lo vieron entrar con tanta pluma que supusieron que sacaría lo menos doscientos.

Los Sánchez eran dos hermanos. Medio peones de un rico, medio sus esbirros i "guardaespardas".

I, cuando gastados ya diez de los cincuenta sucres, Chancho-rengo se iba a su monte, lo acecharon.

Era oscuro. Con la escopeta al hombro i en ella parado el guaraguao, caminaba.

No tuvo tiempo de defenderse. Ni de gritar. Los machetes cayeron sobre él de todos lados. Saltó por un lado la escopeta i con ella el guaraguao.

Los asesinos se agacharon sobre el caído. Reían suavemente. Cogieron el fajo de billetes que creían copioso.

De pronto Serafín, el mayor de los hermanos chilló:

—Ayayay! Ñaño me ha picao una lechusa!

Pedro, el otro, sintió el aleteo casi en la cara. Algo alado estaba allí. En la sombra. Algo que defendía al muerto.

Tuvieron miedo. Huyeron.

Toda la noche estuvo Chancho-rengo arrojado en la hojarasca. No estaba muerto: se moría.

Nada iguala la crueldad de lo ciego i el machete meneado ciegamente le dejó un mechoncillo de hilachas de vida.

El frío de la madrugada. Una cosa pesaba en su pecho. Movió—casi no podía—la mano. Tocó algo áspero i entreabrió los ojos.

El alba floreaba de violetas los huecos del follaje que hacían encima un techo.

Le parecía un cuarto. El cuarto de un velorio. Con raras cortinas azules i negras.

Lo que tenía en el pecho era el guaraguao.

—Ajá eres vos Arfonso? No... No... me comas... un... hijo no... muesde... ar padre... loj otros...

El día acabó de llegar. Cantaron los gallos de monte. Un vuelo de chocotas mui bajo: muchísimas. Otro de chiques, más alto.

Una banda de micos de rama en rama cruzó chillando.

Un gallinazo pasó arribísima.

Debía haber visto.

Empezó a trazar amplios círculos en su vuelo. Apareció otro i comenzó la ronda negra.

Vinieron más. Como moscas. Cerraron los círculos. Cayeron en **loopings.** Iniciaron la bajada de la hoja seca.

Estaban alegres i lo tenían seguro.

¿Se retardarían cazando nubes?

Uno se posó tímido en la hierba a poca distancia. El hombre es temible aún después de muerto.

Grave como un obispo, tendió su cabeza morada. I vió al guaraguao.

Lo tomaría por un avanzado. Se halló más seguro i adelantóse. Vinieron más i se aproximaron aleteando. Bullicio de los preparativos del banquete.

I pasó algo extraño.

El guaraguao como gallo en su gallinero atacó, espoleó, atropelló. Resentidos se separaron, volando a medias, todos los gallinazos. A cierta distancia parecieron conferenciar: qué egoista! lo quería para él solo!

Encendía la mañana. Todos los intentos fueron rechazados. Un chorro verde de loros pasó metiendo bulla. Los gallinazos volaron cobardemente más lejos.

Al medio día la sangre del cadáver estaba cubierta de moscas i apestaba.

Las heridas, la boca, los ojos, amoratados.

El olor incitaba el apetito de los viudos. Vino otro guaraguao. Alfonso el de Chancho-rengo lo esperó cuadrándose. Sin **ring.** Sin cancha. No eran ni boxeadores ni gallos. Encarnizadamente pelearon.

Alfonso perdió el ojo derecho pero mató a su enemigo de un espolazo en el cráneo. I prosiguió espantando a sus congéneres.

Volvió la noche a sentarse sobre la sabana.

Fué así como...

Ocho días más tarde encontraron el cadáver de Chancho-rengo. Podrido i con un guaraguao terriblemente flaco—hueso i pluma—muerto a su lado.

Estaba comido de gusanos i de hormigas: no tenía la huella de un solo picotazo.

1929.

ERA LA MAMA!

1

No supo cuántas cuadras había corrido. A pie. Metiéndose en los brusqueros. Dejando tiras de carne en los grises i mortales zapanes de las alambradas.

—Para, negro mardecido!

—Dale vos la vuerta por ahí.

—Ha sido ni venao er moreno.

Jadeaba i sudaba frío. Oía tras él los pasos. I el casco bronco del caballo del capitán retumbaba en el muelle piso del potrero.

—Aquí sí que...

El viento se llevaba las palabras. Al final del potrero había una mancha de arbolillos. Podría esconderse. Aunque eran tan ralas las chircas i tan sin hojas los guarumos!

—Riss... Riss...

En las orejas se le reían los balazos. I el golpe de la detonación de los mánglicher le llegaban al pecho: porque eran rurales.

Más allá de los árboles sonaba el río. Gritaban unos patillos.

—Er que juye vive...

¿Se estaban burlando de él?

—En los alambres me cojen...

El puyón del viento le zumbaba en las orejas.

—Manque deje medio pellejo yo paso...

Metió la cabeza entre los hilos de púas. Una le rasgó la oreja. Las separó cortándose los dedos. Le chorreaba tibia la sangre por las patillas, por las sienes. Se le escapó el hilo de arriba cerrando la cerca sobre él. De un tirón pasó el torso dibujándose una atarraya de arañazos en las espaldas negras.

—Deje er caballo pa pasar—advertían atrás al montado. Una patada en las nalgas lo acabó de hacer pasar la cerca. Se fué de cara en la hierba.

—Ah! Hijo de una perra...

Esta vez la bota del rural le sonó como un campanillazo al patearlo en la oreja. En la ya rasgada.

Se irguió de rodillas. La culata del rifle le dió de lleno en el pecho. Las patadas lo tundían.

—Ajá, yastás arreglao...

Pero era un mogote el negro. Rugia como toro empialado. I se agarró a las piernas del otro fracasándolo de espaldas. Quiso alzarse i patear también. Veía turbio.

Se culebreó sobre el caído. Forcejeaban sordamente.

—Ajá.

Lo tenía. Le había metido los dedos en la boca. El otro quería morder. El negro le hundía las manos abriéndole la boca sin sentir el dolor de los dientes. I súbito tiró. Las mejillas del rural le dieron un escalofrío al rasgarse. Chillaron como el ruán que rasgan las mujeres cosiendo. Al retirar las manos sangrientas oyó que la voz se le iba. No tenía boca. Raigones negruzcos de muelas i de dientes reían. Se llevaba las manos a la cara recogiendo las piltrafas desgrajadas.

—¡Ah! Hijo de una perra...

De todos lados las culatas i las botas le llovían golpes. Giró el negro los ojos blanqueantes. Agitó la bemba. Quería hablar. Los miró a todos en torno allí de rodillas. Recordó que todo había sido por el capitán borracho i belicoso! Se cubrió la cara con el brazo i cayó otra vez.

—¡Ah! mardacido!

—Lo ha fregao a Rangel...

—Démosle duro.

—¡Negro mardito!

Bailaban sobre el cadáver.

2

—Hei señora.

Del interior de la casa respondían. Se oían pasos.

—A ver... ¿Que jué?

—Una posadita...

—¿Son rurales?

—Sí. ¿I qué?

—Bueno, dentren nomás.

Brilló un candil sobre la cabeza de la vieja negra. El grupo kaki claro al pie de la casucha semejaba un hoja de maíz entreabierta. Hablaban entre ellos:

—Déjenlo áhi guardao adeabajo er piso.

—Era de habeslo enterrao allá mesmo todoi... Onde cayó.

—Mañana lo enterramo. Anden. Cuidao se asusta la vieja.

Subieron ruidosamente. El cuerpo del negro muerto a patadas hizo una pirueta i cayó montado en el filo de los guacayes horizontales del chiquero. Bajo el piso.

Apoyaban los rifles cañón arriba en las paredes. El capitán se sentó en la hamaca. Ya se le había pasado la borrachera que lo hizo disputar con el negro. Los otros se acomodaban en bateas boca abajo. En el baúl. Donde pudieron.

—¿Han comido?

—Ya señora.

—Pero argo caliente ¿un matecito e café puro con verde asao?

—Si usté es tan güena...

—Petitaa... ¿Ta apagao er fogón? Del cuarto interior salió la muchacha.

—No tuavía, mama.

—Entonce vamo a'sar unos verdes i un poquito e café puro pa los señores...

La muchacha había hecho encenderse los pai-pais de los ojos del capitán.

—Oye "Pata e venao", trai la damajuanita e mayorca. Pa ponesle un poquito en er café puro e la señora i de usté tamien niña... niña Petita—no? No pensaba habesme encontrao po aquí con una flor de güenas tarde como ella...

Petita reía elevando el traje rosado con la loma de su pecho duro, al respirar. E iba i venía con un ritmo en las caderas que enloquecía al rural.

Después del café puro hubieran conversado un rato con gusto. La vieja negra cortó:

—La conversa ta mui güena... pero ustedes dispensarán que nos vayamo pa adentro a acostarno yo mi hija... Tenemos que madrugás... Porque tarbés amanezca aquí mijo que llega e Manabí mañana... Ahí les dejo er candil.

La puerta de ocre oscuro, de viejas guaduas latilladas, se cerró. Sus visagras de veta de novillo chirriaron. Los rurales la miraban con ojos malos. El capitán los detuvo con el planazo de su mirada:

—Naiden se meta... La fruta es pa mí. I para mí sólo ta que se cai de la mata...

Ella le había guiñado el ojo. Apagó el candil. Por la caña rala de las paredes salían ovillos de amarillenta claridad. Pegó la frente febril a las rendijas frías.

—Se está esvistiendo...

Miraba, tendida atrás la mano deteniendo a los otros. Cruzó en camisón la vieja hasta la ventana con un mate en la mano. A verterlo afuera. I ágil metió por la puerta entornada la cabeza el hombre. Una seña violenta i breve:

vendré. Espérame. La Petita apretó púdica el camisón, medio descubierto, contra el seno. Sonrió: si.

La vieja sin darse cuenta de nada se metió bajo el toldo colorado de la talanquera del frente. Apagando su candil.

Una hora mas tarde crugía la puerta.

I crugía la talanquera de Petita.

La vieja roncaba. Los rurales soñaban en la cuadrita con la suerte de su jefe.

3

—Señora, muchísimas gracias. I nos vamo que hai que hacer en er día!

Petita se sonreía con el capitán a espaldas de la vieja. Uno dijo:

—¿La joven es casada u sortera?

—Ta separada el esposo—aclaró la madre.

—I, una cosa señora pa saber a quien agradecesle—¿como es su gracia?

—Panchita e Llorel.

Petita ve al herido—al de la cara desgarrada en la lucha de ayer—i pregunta:

—¿Que jué eso, capitán?... Como anoche no lei visto...

—Jué antier una pelea...

—¡Pero que bruto er que se lo hizo! Sería con navaja...

—No, con los dedos...

—Jesús! Lo han dejao guaco pa toda su vida...

Bajaron. Ya era claro. La manga húmeda brilla como si hubiera llovido del sereno. Cantaban caciques en los ciruelos de las cercas.

Las dos mujeres empezaban sus quehaceres. A Petita le dolían las caderas: es que tres veces!...

—Oite Petita... Baja a ver ar chancho que ha estao moviéndose i como hozando toda la noche...

Bajó Petita i la oyó gritar la madre:

—Mama, mama, estos marvaos le han echao un muerto ar chancho... Venga... Eso es lo que ha estao comiendo toda la santa noche... ¡Jesús! ¡San Jacinto lindo! Venga.

—Ar fin rurales! Son la plaga: con razón nuei dormido naditita: i antes que no han querido argo pior con vos...

Acudió. Como cluecas rodearon el chiquero. No sabían de donde empuñar el cuerpo mancornado con la cara sumergida en el lodo. Comido por el cuello. Por el pecho. Descubiertas las costillas.

—¡Pero qué mardecidos!... De adeveras ar fin ruralos... ¿I quien será er pobre hombre este?

Por un brazo lo pudieron alzar. La camiseta tenía mucha sangre. Pero el pantalón ¿lo conocían? Con un canto de la falda limpió Petita el prieto embarrado hediondo de la cara. El cuerpo descansaba a medias en la vieja, a medias en el filo del chiquero.

Fué un grito corto el de Petita:

—¡Ay mama! Si es Ranulfo, mi ñaño...

La vieja no dijo nada. Su cara negra—arrugada como el tronco leñoso de un níspero—se hizo ceniza, ceniza.

A Petita le dolían los besos del rural—los besos de la noche oscura—como si hubieran sido bofetadas...

J. Gallegos Lara

1930.

Qué hora es...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugestiones, ejemplos, incitaciones, perspectivas, noticias, revisiones...

Las bandas de pájaros

= De *El Tiempo*. Bogotá =

Cuando Alemania instituyó estas asociaciones de estudiantes, los moralistas del mundo entero se decían:

—¿Cómo pueden los jóvenes andar a lo largo de los caminos, sin control alguno, y cómo puede sostenerse esa institución con sólo la ayuda de los muchachos que a ella se afilian?

Y cuando el éxito superó a las aspiraciones de los fundadores, las gentes incrédulas, no tuvieron más recurso que plegarse a la realidad, y entrar de lleno a prestar también su contingente.

Más tarde en las viviendas de los estudiantes, se leía esta inscripción:

—Una cama en un asilo de noche para los estudiantes, es una celda menos en las prisiones.

Y fué tal el entusiasmo de quienes entregaban sus ocios a esta nueva faz de cultura, que en pocos años se vieron los caminos colmados de pequeñas casitas construídas por los excursionistas y más tarde los dueños de los viejos castillos abandonados, se los entregaron para que construyesen allí sus nidos, y pudiesen gozar de los paisajes y de la reconstrucción de las leyendas narradas por las noches al calor del fuego, y a la vista de las campiñas pobladas de sombras evocadoras, y del perezoso andar de los ríos.

El estado por su parte les permitió construir en cualquier lugar aparente de los caminos y allí mismo podían ellos sembrar sus hortalizas, y sus flores, y levantar antenas para captar las ondas sonoras.

Cada miembro de esta institución ha querido rivalizar con sus compañeros en llevar mayores comodidades a los asilos que visita.

Y esto se hace y prospera, debido a la camaradería de los estudiantes alemanes.

Quizá ninguna institución del mundo tiene tanta consistencia y obliga tanto a sus afiliados.

El estudiante alemán, sabe que sus camaradas son compañeros para toda la vida. Cuando promete ser fiel al "Ferein", o institución de estudiantes, sabe en el acto que ya no será solo en el mundo.

Sus compañeros serán sus hermanos hasta el fin de la vida y más allá, como dicen, tomando estas palabras, de la famosa inscripción que se encuentra en las termas de Caracalla en Roma, y que fué esculpida allí por los viejos germanos. Nada les habrá de separar, ninguna posición los distanciará, y cuando la suerte y sus esfuerzos hagan llegar a uno de ellos al pináculo de la gloria, será el mismo camarada de siempre, y se preocupará como si fuese algo muy propio por la vida de sus compañeros de Ferein.

Muchos se irán a los confines del mundo, con esa inquietud propia de los alemanes, y desde allí estarán siempre haciéndose presentes a sus compañeros, y en las salas de la universidad y en sus laboratorios y museos, se verán en objetos tangibles y en observaciones escritas los recuerdos del discípulo que se cree más que nunca obligado a llevar su contingente, para darle mayor realce a su escuela.

Yo he presenciado en Berlín ejemplos de una camaradería estudiantil, que conmueven hasta lo más profundo, y que le hacen a uno desear para su patria, algo siquiera parecido, que haga pensar en que por estos vínculos venga alguna vez a sentar sus reales en Colombia la verdadera solidaridad patria.

Alemania es quizá más regionalista que nosotros, pero tiene como defensa la solidaridad estudiantil que robustece y conserva los lazos de la nacionalidad. En el "Ferein", los viejos profesores, son tratados por los mozos, como sus iguales. Hay cosas que fastidian, porque nosotros no las comprendemos, pero que son necesarias para la mayor armonía entre los compañeros. Tal sucede con las grandes bebezones de cerveza, cuando se trata de algunas fiestas, y con los desafíos entre ellos mismos.

De esos duelos, jamás queda un solo rencor. Todo se olvida luego ante la sala operatoria en donde los profesores más eminentes, que han pertenecido a la institución, les curan las heridas.

En medio de la aflictiva situación que Alemania ha atravesado en los últimos años, debido a las coyundas económicas impuestas por Versalles, no han faltado jamás las voces de aliento para los estudiantes, ni mucho menos para las asociaciones de las bandas de pájaros.

Si no tienen cómo hacer sus excursiones, les consiguen pasajes gratis con los ferrocarriles del estado, les facilitan los transportes en los mares y en los ríos y canales, y les ayudan aun a veces con dinero, que se reune con los viejos compañeros de "Ferein", muchos de los cuales responden al llamamiento de sus camaradas de distintas partes del mundo.

Por eso conocen su país mejor que cualquiera otro. Lo andan a pie, lo atraviesan en ferrocarriles y en embarcaciones, y cuando lo abandonan para ir a buscar el pan a otros climas, o para saciar sus inquietudes científicas, los ligan a su patria el hogar, que se condensa en el culto al árbol simbólico de la navidad y la camaradería de los compañeros de estudios, que apenas puede interrumpir la muerte.

Y no es solamente para ellos que la practican, sino para todos los que hayan pasado por las aulas de sus escuelas.

No importa que los condiscípulos vayan de las cinco partes del mundo.

Los ligarán eternamente las canciones populares, la camaradería en las andanzas al través del suelo alemán, y más que todo, el recuerdo de sus sufrimientos. Porque el niño alemán, jamás puede ver sufrir a sus compañeros de estudios, y mucho menos a los camaradas del "Ferein".

Ahora mismo, al escribir estas líneas, llegan a mis manos las cartas de dos de mis hijos, en las cuales me dicen, que se van para el mar Báltico a una excursión con su "Ferein".

—"Como tú no podías mandarnos dinero, me dice el más pequeño, nosotros presentamos nuestra excusa al profesor diciéndole el motivo que teníamos. El profesor se preocupó mucho, y como Dios y el Capellán son tan buenos, en unión de nuestros compañeros, reunieron los veinte pesos que nos correspondían, y nos los prestaron para devolverlos en diez meses, a razón de dos pesos mensuales".

Y el otro dice:

"Cada día me convenzo más de que estos niños y los profesores son para nosotros como hermanos y como padres. Vamos a vivir un mes recibiendo el calor del sol en el mar Báltico, y a conocer muchas cosas, solamente porque ellos se han privado de lo más necesario, para darnos a nosotros como ir en su compañía".

Esta es la camaradería alemana. Esta es la solidaridad estudiantil, que fomenta las más sanas inquietudes espirituales, y que hace que un pueblo como aquel, sea estoico ante todos los sufrimientos, y lleve siempre la frente en alto.

Cuando vengan los fríos del próximo invierno, ya mis hijos podrán soportarlos tranquilamente, y su tez bronceada por los soles del Báltico, les dará resistencia para seguir sus labores y les recordará que sin el apoyo de sus compañeros de estudios tendrían que limitarse a seguir en las cartas geográficas la peregrinación alegre de sus compañeros.

Joaquín Quijano Mantilla

Cajica, julio de 1932.

Poesías

= *Envío de la autora.* Los Angeles, Calif. U. S. A. =

Blanca Luz Brun

LA MÚSICA DE MI HERMANA VIOLETA

Hay necesidad de partir ¡cuidado! con la tristeza
se desmaya la máquina nerviosa
y se enredan las poleas ágiles y sutiles.
Avanza el ojo pálido y la cadera lenta.

¡Bravos caminos del Universo!

Hay que hacer el viaje decididamente
sin entorpecer con lágrimas los pies,
cándida y tierna la mejilla
despierto el corazón y largamente el ojo.

Ahora es cuando miro en una playa lejana y verde
el brazo cálido de mi hermana mayor
en señal de fiesta.

Es una hermana robusta y marítima
Y el mar es el río de la Plata.

México, 1931.

ARRIBA LAS NUBES OSCURAS...

Arriba las nubes oscuras y doloridas de agua
Arriba también la firme cerrojería de las estrellas
y abajo: que hondedad!

Como han podido pasar las cabras por este paisaje
tan solitario y amargo,
está tan solo y tan espantoso...

Pero hemos de llegar por el camino empapado
donde las plantas nacen de noche
entre los ruidos oscuros de las piedras.

Se ha oído un silbido. Dos silbidos
y el ruido seco, seco seco de una piedra
que llega al fondo.

Mi aliento y el gran aliento de la montaña

Me he resbalado, estoy tendida
y junto a mi cabeza el "tiro" antiguo
de una mina.
Es la vieja región de los minerales,
la entrada debe ser redonda y oscura.
Percibo la humedad a miles de metros adentro
y oigo el ruido lento del agua.

La luna lo ha aclarado todo
y puedo ver en la boca del "tiro"
descansando, muertos, helados ¡extraños!...
un niñito indio recién nacido
lo acompaña una gallina blanca
y un jarro de barra con "chitcha".

La noche está horriblemente fría y me da pena
el viaje del pequeño muerto.

Minerales de Taxco, México, 1931.

BAJO LOS CHORREANTES MANGOS,...

Bajo los chorreantes mangos, la locura de las enredaderas
Al hondo mediodía del trópico
suben los cantos de las chicharras
y el camino recorta los párpados de fuego, las grietas, los pozos
las ruinas de los minerales.
La fundición abandonada con sus chimeneas destruídas
el sol terrible la desnuda y la blanquea como a un montón de huesos

Hace cien años pasó la larga caravana de mulas
con el oro y la plata hacia el mar
donde naves antiguas y extranjeras trasladaban la carga...

Vamos resueltamente en busca de nuevas maravillas.

Veo caminos interminables de grandes y chatas hormigas
Adelante va la reina.
Oigo el ruido de las desvastadoras:
pequeño y lujurioso, chirriante amarillo nervioso.

Ya recuerdo la historia:
Estas son las "chontetas" las más temibles
Los viejos indios me han contado una historia religiosa:
rodean las casas, mueven los cimientos, secan los árboles en las raíces.
y no pueden acabarlas nunca!

Sirven en el fondo de un hormiguero que es más profundo
que las profundas minas
a una serpiente enorme de 10 metros—según el cuento popular—
es la Reina.

Oigo rodar las cabezas de fuego de la noche
los mangos oscurecidos
árboles con cabezas dormidas.

DEJANDO ATRÁS LA CATEDRAL OSCURA...

Dejando atrás la Catedral oscura
y el Convento viejo con el patio
donde se hunden las sepulturas antiguas
y tiemblan las vacas negras de la noche.

Las 2 de la mañana,
huir por primera vez,
no ver más la casita blanca
ni la más pequeña luz en las ventanitas lejanas del pueblo.

El maizal espeso y oscuro,
los altos montes punteagudos y fuertes
los gritos desde los "jacales" indios en la falda de la montaña
las piedras y las plantas que hieren los ojos y el pecho
del que atraviesa la noche.

La casita blanca... la casita blanca... donde el niño se ha quedado dormido
y en cada ventana llora un ángel.

La arena del jardín amanecerá manchada de sangre
y en la humedad el tamaño de aquellos pasos
tan delgados de una mujer.

LEJOS ESTAMOS...

Lejos estamos...
mientras escucho la serenata dorada de los montes
¿subirán hasta aquí los bailarines del viento
y las aromas adormecidas?
¿Quiénes llegan de calcetines verdes apretados
y estrellas de papel?
Oigo la música plateada de los circos
y el aire de los acróbatas de algodón
la proa de los pechos en los trapecios
y el salto mortal,
y pasa la yegua gris y lenta
como una señorita antigua.

El circo se apaga, se va el viento
y cuelgan como flores las mojigangas de yeso
del payaso...

TIERRA CALIENTE

Atravesando el río de los caimanes
ancho, inmensorio oscuro y sin corriente
con los caimanes aplastados
pardos, lentos y paralizados

El olor seco y polvoso de tierra caliente
entre los cerros y las rocas
las raíces descuartizadas
las piedras punteagudas
moradas rojas y amarillas.

El camino angosto y seco.

Los cerros para adentro y para afuera
las plantas brutales y extrañas
como si no fueran plantas,
las flores altas anchas ondas
vivas y fragantes
las piedras con caras de hombres.

El camino angosto se curva y se deshace.
Busco el horizonte y me envuelven los ríos.

Estoy en una emboscada de ríos
y gigantes petrificados
ay! sin respirar me penetra un polvo ardiente por la piel y la boca!

LA MONTAÑA

El hombre salió al campo una fina madrugada
un hombre de pasos tristes con una fatiga larga.

Pájaros de canto increíble precipitaron la mañana,
y habló una tremenda montaña:
Camarada de pasos tristes, que amarga llevas la cara...
escucha el trueno del Sol removiéndome la entraña.

Por aquí pasan ovejas de boca larga y morada
buscando en campo tranquilo las aguas desbarrancadas

Por aquí van campesinos con criaturas rosadas
para arrancarle a la tierra la esperanza de mañana.

Pasa a la página 142)

Echegaray, dramaturgo (1)

= De *Boletín de la Academia Española*. Madrid.—Envío del *Lic. Alejandro Alvarado Quirós* =

Señores académicos:

La figura literaria de Echegaray ha sido siempre para nosotros objeto de la más pura admiración. Así, el participar hoy en este solemne homenaje a su memoria, al cumplirse los cien años de su nacimiento, nos proporciona la noble satisfacción de rendirle públicamente una vez más nuestro incansable aplauso.

De niños, en los días triunfales de su mayor exaltación como autor dramático, llevados de nuestra afición a la escena e impulsados por el aura popular de su gloria, leíamos con deleite infinito aquellas obras de tan vivo y poderoso aliento, que ofrecían a nuestra imaginación infantil la visión de un mundo extraordinario lleno de negruras y resplandores, atrayente y bello como un abismo. Y nos aprendíamos de memoria, en fuerza de leerlos, y recitábamos entusiasmados fragmentos y pasajes, supliendo con el ardor primero las deficiencias de la garganta y de la voz:

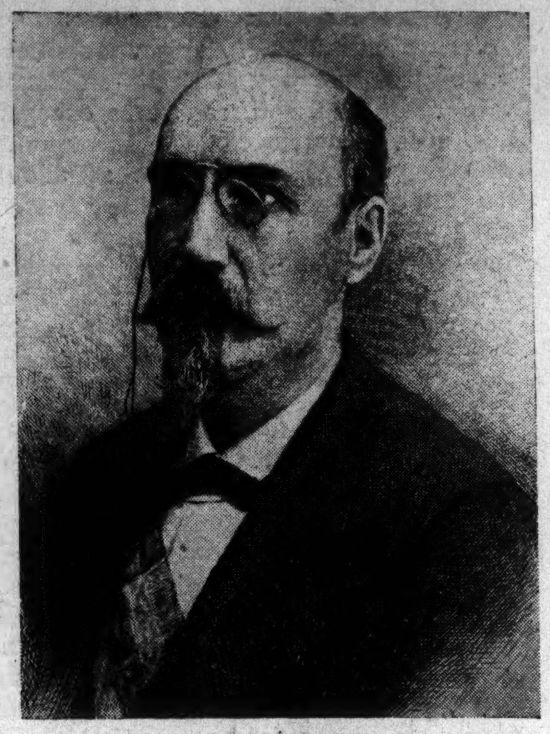
"Llegamos esta mañana;
tomamos tierra en el puerto;
pentré solo en las calles,
en mi airosa capa envuelto"...

¿Quién de vosotros no sabrá terminar el gallardo romance que concluye con la feliz imagen de los gavilanes de la espada enganchándose en el velo de una mujer?

"¡Que siempre van gavilanes
de palomas en acecho!"

De mozos, más conscientes ya de nuestro sentimiento admirativo, asistíamos en Sevilla, y luego en Madrid, a los estrenos de sus dramas, y nuestras palmas sonaban siempre al unísono de las del público, que frenéticamente las batía en honor del autor insigne, lo mismo en los rotundos y vibrantes finales de los actos, que en medio de cualquier escena, sacudido por algún inesperado efecto teatral o por alguna expresión hiriente, certera y luminosa.

Y después, pocos años más tarde, cultivando ya nosotros nuestro huerto, el aplauso que otorgábamos a Echegaray se hizo todavía más sincero, más desinteresado y más noble. ¿Por qué? Porque aquel teatro, que nos avasallaba, como entonces a todo el mundo; como siempre a todo aquel que libre de prejuicios lo oiga y lo vea, abriendo el alma al placer estético, y a la llama creadora, y a la luz del talento ajeno; aquel teatro pugnaba esencialmente, por dentro y por fuera, con el que a nosotros nos cantaba en el alma. Tendencia, propósito, medio, forma... ¡todo era distinto! Y, sin embargo, nos vencía. Y al vencernos, tocando en lo vivo de nuestra conciencia, conturbando nuestra naciente fe y nuestros ensueños creadores, nos daba la medida de su irresistible poder y de su grandeza. Porque quien sólo sepa reconocer el mérito de lo coincidente con su espíritu y con su idiosin-



Don José Echegaray

cracia artística, acabará por no admirarse más que a sí mismo perpetuamente. Y esto, sobre ser muy pobre y muy triste, debe ser muy aburrido.

———

Don José Echegaray, en su delicioso libro de **Recuerdos**, en esas charlas encantadoras en que nos va narrando los accidentes de su vida con aquella atractiva amenidad tan sencilla, tan jugosa y tan sabia, en tantas horas desbordada en la **Cacharrería** del antiguo Ateneo y en el Saloncillo del antiguo Español, dice, al aludir a lo temprano de su vocación de dramaturgo:

"Evocando recuerdos antiguos, el primero con que tropiezo, entre todos los de mi existencia, se refiere al teatro.

¿A qué teatro? No lo sé. Pero era un teatro de Madrid, porque en Madrid nací y en él estuve hasta los tres años. ¿A qué función, comedia o drama, se enlaza esta memoria? Tampoco lo sé.

Imagínese una noche negra, muy negra: toda igual, toda oscura. Y de repente, un punto de luz. Y después, la misma sombra de antes.

En las tinieblas de lo inconsciente apareció un instante una estrellita, que luego se apagó. Es que la conciencia brotaba por vez primera; y como fatigada del esfuerzo, se extinguía luego por mucho tiempo; no sé cuánto. Yo me vi, que apenas tendría tres años, como he dicho, en los brazos de una mujer; delante de mí, a poca distancia, una barandilla; más lejos, un escenario; y, por el fondo del escenario, cruzaba una actriz vestida de negro.

Me desprendí de los brazos de la niñera—porque supongo que lo sería la que en los suyos me llevaba—; pugné por acercarme a la barandilla, y miré a la figura vestida de negro que atravesaba el foro.

Y nada más. Cesó la sensación o, al menos, perdió la fuerza necesaria para quedar grabada en forma de recuerdo.

¡Quién sabe si de aquella primera impresión han podido nacer mis aficiones al teatro! Pero la impresión debió ser enérgica, porque muchos años han pasado, que yo no quiero contar porque nadie me los cuente, y aún hoy mismo veo, con asombrosa claridad, **la barandilla, el escenario y la mujer alta y esbelta, y vestida de negro, que cruza por el fondo"**.

Nótese que estas últimas palabras están subrayadas por Echegaray. ¿Lo necesitaban acaso? Leyéndolas atentamente, ¿no se ve en ellas como la simbólica expresión de su obra teatral? Fuese deseo suyo el sugerir esto al subrayarlas, sea interpretación que les damos nosotros, el teatro de Echegaray es eso, en puridad: una dama atrayente, esbelta, vestida de negro, que cruza la escena española.

¡Y con qué bizarría! ¡Y con qué seguridad en sus pasos! ¡Y con qué fuerza fascinadora! El fondo ante que cruza, y sobre el cual se destaca vigorosamente, ya puede ser el muro almenado de un castillo roquero, ya las encrucijadas de una vieja ciudad española, con algún retablo que las ilumine, ya un salón elegante y moderno. El sol poniente, muriendo entre cárdenas nubes e incendiando con sus últimos rayos las almenas; la luz del retablo, trémula y mortecina, como parpadeo de unos ojos velados por lágrimas o como carraspeo de una garganta que quiere sollozar, y las luminarias cristalinas de las arañas del salón fastuoso, prestarán a la negra figura de la dama reflejos azulados, rojizos, movibles tornasoles, que realzarán bellamente su silueta romántica, su prestigio de arte. Por misterio y homenaje de la luz, detrás de su cuerpo irá su sombra; y delante de él, por turbaciones de su espíritu, irá otra sombra: la de su conciencia.

¿Es hermosa la dama? ¡Hermosísima! ¿Quién lo duda? Pero su hermosura, como su porte, es sorprendente, singular, extraña: tiene el raro incentivo de lo imperfecto.

Es pálida como una imagen de marfil, como una alucinada o como una enferma de amor. No es una diosa ni una Venus cuya contemplación nos deje extáticos y mudos: es una mujer que nos subyuga, que nos absorbe el ánimo, llevándonos ciegamente tras ella; una mujer que vive, que se agita, que tiembla, que padece, que llora, y que se hermosea con el llanto; una mujer que nos hace gritar a su paso con asombro y angustia; una mujer de encantos físicos inefables, enloquecedores, pero deformados por las contracciones del tormento. Su alma y su cuerpo viven en continuo sobresalto

(1) Trabajo leído en la sesión solemne y pública dedicada a enaltecer la memoria del excelentísimo señor don José Echegaray, con motivo del primer centenario de su nacimiento, y celebrada en esta Academia el 29 de abril del corriente año, de acuerdo con la de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales y con su colaboración.

o temor; camina con más cautela que ruido; no se sabe, al verla pasar, si va a besar a un niño que duerme o va a matar a un hombre a quien odia. Noche en sus ropas, en sus cabellos y en sus ojos. De sus cabellos brotan reflejos metálicos, como de espadas que chocan en desafío, batiéndose por ella; de sus pupilas salen llamas de amor invencible, infinito, febril; de pasiones insanas; de venganzas crueles; de su boca, que al hablar ya muerde, ya besa, fluyen palabras multicolores, ternezas y lamentos mezclados, rugidos y plegarias; su voz, sorda o estridente, deja como un eco de hondos suspiros en el aire, como una invisible estela de lágrimas:

"¿Baja del cielo o sube de la tierra?"

Sus manos, ya se cruzan para el juramento o se crispan para la maldición y el apóstrofe, ya buscan un rostro y unos cabellos para acariciarlos, ya un puñal que va derecho a un corazón.

Rara vez sonríe... rara vez su frente se muestra plácida y serena... Desde que asoma, parece nimbarla un halo siniestro... Rara vez también habla, sin gemir, y su lenguaje se diría dictado muchas de ellas por el delirio o por el insomnio. El poeta cuya musa es ha dicho: "Lo sublime del arte está en el llanto, en el dolor y en la muerte".

Por eso, y no sin misterio, hirió esa dama enlutada la retina y el corazón del niño de tres años apenas, que quiso asir con su manecita la barandilla del teatro la noche en que la vió para no olvidarla.

Aquella mano había de escribir, rodando la vida, **La esposa del vengador,** y **La muerte en los labios,** y **O locura o santidad,** y **Mar sin orillas,** y **El gran galeoto**... y tantas y tantas obras más; dramas torturadores, arbitrarios, violentos, deformes, si queréis, que afligen el alma con las salpicaduras de su sangre, con sus gritos de pasión, de duelo, de agonía, pero intensos, geniales, fuertes, arrolladores... y, por todo esto, bellos.

El dolor, adueñándose de las almas; el conflicto tremendo, fatídico, sin posible aurora, sin redención, sin remedio piadoso o humano; la desesperación, enroscándose como sierpe a los corazones; figuras tétricas, horribles, en lucha de muerte con otras totalmente opuestas a ellas; cuadros de rosada felicidad, que se ensombrecen repentinamente y se destruyen por un hecho fortuito, como torre que se desploma, herida del rayo o sacudida del terremoto; una generosidad impetuosa en los corazones juveniles; un ideal quijotesco en hombres que son locos, héroes o santos... Estas son, someramente señaladas, las características de la señera obra de aquel escritor eminente; de aquel autor dramático combatido con furia y exaltado con frenesí: que oyó mil veces la palabra genio halagar sus oídos y tuvo que soportar otras tantas silbidos y denuestos; que, en la cumbre de la gloria ya, mereció de sus compatriotas un grandioso y memorable homenaje, acogido por él con la dignidad de quien sabía que le era debido y con la humildad y la modestia de quien no era un fatuo; singular y peregrino ingenio, al que no le puede negar, el que más se obstine en negárselo todo, poderosa inventiva; vena fecunda, pujante y caudalosa. Porque los nuevos dramáticos que hoy aparecen en España y fuera de ella, son, con raras excepciones, aves de vuelo corto o de pulmones débiles y frágiles alas, que se ahogan tras el primer vuelo. Y Echegaray mantuvo, en torno a su persona y a su labor, la pasión de la multitud, el interés, la controversia, la adoración y el fervor populares—ese aire que si no lo respira el dramaturgo, sucumbe—durante medio siglo.

Y este linaje de poetas es indispensable a la vida del teatro en España. Porque así somos. Cabe entre nosotros, claro es, el ingenio culto y exquisito que labre y cincele sus producciones con lentitud y refinamiento antes de ofrecerlas al público de tarde en tarde; pero la gente anhela, llama, necesita al otro ingenio, fértil y prolífico, que le alimente de continuo la apetencia y la sed de emociones, y que quiere que sea bien así como robusto leñador, de hacha incansable, que a la vez que tala el bosque va sembrándolo, porque sabe que las hogueras nacionales consumen fácil y prontamente toda la leña que en ellas caiga. Por desventura o vicio, nuestro público suele preferir a la leña vieja y reseca, que arde en tan bellas llamas de oro, la leña fresca y verde, aunque arda peor.

Oid ahora, aunque todos lo conoceréis, el soneto en que describió Echegaray su modo de componer un drama:

Escojo una pasión, tomo una idea,
de unos cuantos muñecos, que en el mundo,
un problema, un carácter... y lo infundo,
cual densa dinamita, en lo profundo
de un personaje que mi mente crea.

La trama al personaje le rodea
de unos cuantos muñecos, que en el mundo,
o se revuelcan en el cieno inmundo,
o se calientan a la luz febea.

La mecha enciendo: el fuego se propaga;
el cartucho revienta sin remedio,
y el actor principal es quien lo paga.

Aunque a veces también en este asedio
que al Arte pongo y que al instinto halaga,
me coge la explosión de medio a medio.

A lo largo de sus **Recuerdos,** ya citados, pero cuya oportunidad para nuestro objeto es manifiesta, ya que en ellos se retrata don José tan deliciosamente—su bondad extrema, su ternura filial, su ingenio amable y comprensivo, su ironía sin hiel, su timidez y su modestia—, a lo largo de esos **Recuerdos,** repetimos, asoma una obsesión muy graciosa: la obsesión del crítico, que lo fastidia continuamente, como mosca en la siesta, y a veces lo exaspera y lo irrita. Hable de lo que hable, siempre asoma el crítico: la mosca. No ya sólo cuando menciona curiosos lances de su niñez, visiones terribles que tal vez, como él dice, pudieron engendrar su afición a los desenlaces trágicos o espeluznantes dados a sus obras; no ya cuando de muchacho se escapa de la Escuela de Caminos, ganoso de acudir a los estrenos de las comedias de Ayala o de Tamayo; no ya tampoco cuando discute teorías estéticas en relación con el arte teatral, sino que también se acuerda del crítico al hablar de las Matemáticas puras, o de la Economía política, o de los oradores del Ateneo, o de la generosa juventud de su época, o hasta de un eclipse de sol. Trate de lo divino o de lo humano, del Arte o de la Ciencia, de casos sublimes o del suceso más vulgar, el comentario sobre el crítico no falta nunca. Es muy curioso. De la crítica y de los críticos trató también en su discurso de ingreso en esta Academia, contestado por Castelar, y a ellos consagró su famosa comedia **Un crítico incipiente,** sin duda para sacudirse la pesada mosca, con un garbo, un donaire, un desenfado juvenil una zumba de viejo marrullero y experto, una comprensión bondadosa y un salero, en fin, que no parecen fruto de la misma pluma que se complació en arrancar tantos ayes al dolor humano y en buscar constantemente los motivos de su inspiración en lo patético de la vida. ¡Admirable sátira! ¡Viva y donosísima pintura del ambiente teatral de su tiempo! En ella intervino su corazón más que en ninguna otra de sus obras. Estas, en general, son hijas de la fantasía, de la mente exaltada; **Un crítico incipiente** debió su existencia al dolor vivido, a lo que palpitaba en su torno, llegando a mortificarlo y a hacerlo reír a la vez de manera que dió en la obsesión que hemos apuntado.

¡Asombroso ingenio el de Echegaray! ¡Con el mismo desembarazo se movía en un campo que en otro! Querer, para él, era dominar. Fué perseguido por muchos críticos, es cierto; por los que le pedían lo que no podía darles: realismo, ponderación, equilibrio, armonía; lo que más pugnaba con su temperamento libre y romántico, que creaba en la abundancia y en el desorden. ¡Pero creaba! Pedíanle también corrección y pulcritud de forma, elegancia, justeza. Y esto lo dió en muchos pasajes de sus dramas, aunque tales críticos no quisieran verlo.

"¿Qué sabes tú del delirio"...?

—le dice el Conde de Argelez a su esposa, en la noche aciaga en que su castillo va a caer en poder de los sitiadores—,

"¿Qué sabes tú del delirio
que infunde al hombre la guerra,
si no sentiste en la tierra
más martirio que el martirio
que impuso a tu blanca tez
algún beso enamorado
en el camarín dorado
de mi torre de Argelez?"

¿Lo hubiera expresado mejor el más alto poeta dramático? Y luego, a su hermano, el bastardo que lo traiciona, así le dice el mismo personaje;

"Dame los brazos, Manfredo.
Es quizá la última vez.

Cuando llegues a Argelez
desciende, pues yo no puedo,
a la cripta sepulcral
en que mi padre reposa:
besa su fúnebre losa
y di a su sombra inmortal
que he muerto en este torreón
en que él vió la luz primera,
abrazado a la bandera
de don Pedro de Aragón.

Escuchad también estas dos estrofas de una escena de Leonor y Leonardo en **Mar sin orillas,** comparada por **Clarín** a la de don Juan y doña Inés del **Tenorio.**

Desea saber Leonardo cómo es el amor de su amada; de qué suerte lo quiere. Y dicen:

—"Te quisiera preguntar...
—Pues pregunta...
—Pues contesta,
—Te amaría.
niña de la frente honesta
y del cándido mirar.
Si no te amase, Leonor,
con este amor que me abrasa,
si fuese placer que pasa,
fuego que extingue su ardor,
y al llegar el nuevo día
te abandonase a tu suerte,
para ya nunca más verte,
¿me amarías?
—Te amaría.
—Si aquella noche, Leonor,
en que te hallé desmayada,
o de fuerzas agotada,
o vencida del dolor,
al volver de tu agonía
y al encontrame a tu lado
te hubiera desamparado,
¿me amarías?
....

Y oír, por último, los elocuentes versos en que Ernesto, el héroe de **El gran Galeoto,** habla de cómo la calumnia nace y da lugar al delito y al crimen, analizando así el hondo pensamiento del drama:

"...Pero yo tengo aprendido
que lo que dice la gente
con maldad o sin maldad,
según aquel que lo inspira,
comienza siendo mentira
y acaba siendo verdad.
¿La murmuración que cunde,
nos muestra oculto pecado
y es reflejo del pasado,
o inventa el mal y lo infunde?
¿Marca con sello maldito
la culpa que ya existía,
o engendra la que no había
y da ocasión al delito?
El labio murmurador,
¿es infame, o es severo?,
¿es cómplice, o pregonero?,
¿es verdugo, o tentador?,
¿remata, o hace caer?
¿hiere por gusto, o por pena?,
y si condena, condena
por justicia o por placer?

Estos ejemplos, y otros muchos que podríamos citar, en verso y en prosa, dicen más de cuanto nosotros pudiéramos decir en defensa de este aspecto de la personalidad de Echegaray.

No es esto desconocer ni negar—fuera pueril e injusto—que haya en sus obras descuidos y defectos formales, sobre todo en las escritas en verso. Prosaísmos, frases torpes o de dudoso gusto, ripios... Pero en cuanto a estos últimos, que tan reiterada y ahincadamente se le echan en cara, conviene advertir que todas las épocas disfrutan de sus **ripios característicos,** y los de Echegaray fueron los ripios de la suya. Muletillas, giros familiares, interjecciones, juramentos, etc., corrientes entonces, cambiaron, al correr de los días, de valor, de color y de sonido. "¡Por San Ginés!" "¡Por Satanás!" "¡Por Belcebú!", que hoy nos disuenan o nos hieren, les fueron tolerados a casi todos los poetas dramáticos del pasado siglo, desde Zorrilla hasta López de Ayala, y nadie le discutió al primero prodigiosa felicidad en la rima, ni al segundo delicado buen gusto.

Estos tiempos nuestros también, claro es, ostentan sus ripios representativos. Pasarán los años y se verá lo abundante de la cosecha

—

Fué **Clarín,** por suerte suya y de don José, el crítico que por su más amplia visión del arte, su mayor comprensión y más fino y sagaz espíritu, a toda hora supo defenderlo contra cuantos con razones o sin ellas lo atacaron en los días de la más enconada lucha. Y no es que lo ensalzase incondicionalmente, ni mucho menos, pues bien le señaló errores y desmayos; pero tenía un elevado concepto de su misión de crítico, amén de la flexibilidad mental y el sentido de la justicia suficientes para no hacer castillos de los defectos, y de las bellezas granos de arena, sino precisamente al contrario. Sabía perdonarle lo menos a quien acertaba en lo más.

"Si cuestión de escuela fuese—exclamaba en cierta ocasión—yo sería el primer enemigo de Echegaray. Pero es cuestión de ingenio, y a éste hay que seguirle y alabarle, por donde quiera que vaya".

"A la larga—decía otra vez—siempre acierta el que se fía del genio".

Terminamos con estas palabras del glorioso crítico, enamorado como ninguno del teatro español del siglo de oro y del teatro romántico, para que acompañe a nuestros elogios de hoy la autoridad que por sí solos no tendrían.

Estas palabras nuestras, dictadas por la más sincera devoción, no son, en suma, sino un reflejo de la que siempre, como declaramos al comenzar, nos inspiró el gran talento de Echegaray. Reciban la Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales y la Academia Española nuestras cordiales gracias por habernos brindado tan alta ocasión en que manifestarla nuevamente.

S. y J. Alvarez Quintero

PERSIFLAGE

Introducción al estudio de Horacio

Acerca de la educación que le dio su padre

= *Colaboración directa* =

(Véase la entrega anterior)

Para el Licenciado don *Alejandro Alvarado Quirós*, por el horaciano sentido de la educación que innatamente posee.

Para que el hijo no fuera a sentirse menos que nadie, para que nadie fuera a echarle en cara al niño su bajeza de origen, el padre de Horacio dio al muchacho, cuando lo llevó a Roma a estudiar,—que sería estando Horacio entre los diez y los doce años,—ropa de niño rico, séquito de servidumbre como de hijo de gran señor. No había en ello vanidad, no había falsas ínfulas ni presunción: Había sensibilidad. El padre de Horacio debió de ser muy sensitivo, como conviene que, tratándose de sus hijos, lo sea todo hombre cuerdamente. Ambicioso de darle a su niño la mejor instrucción posible, lo puso, en Roma, en escuela reputada adonde los caballeros y los senadores llevaban a su prole. Pero bien sabía el prudente varón hasta qué grado increíble es cruel toda niñez aristocrática para con los de clase inferior que se atreven a gozar de lo que ella goza, y bien sabía que quizás sufrimiento ninguno de la vida, que hiera al amor propio, se puede comparar con la amargura de ser despreciado, ultrajado, por causa de pobreza, del zapato roto, de la ropa barata, del hogar humilde, en el cuarto de clase, en el patio de recreo, en el camino de la escuela, en la secretaría de colegios, lugares todos donde se vive en pasión desnuda y donde las pasiones tienen colmillo y garra. El que sea individualmente inconstante en sus ardores no quita que, colectivamente, la niñez sea feroz. Y con ropa lujosa, y con sirvientes solícitos que le fueran abriendo camino en medio de las turbas romanas, el padre de Horacio quiso colocar a su hijo a salvo de toda temprana desgarradura del alma.

El padre de Horacio quería también, sin duda, impresionar, con el boato que en el chiquillo gastaba, a los maestros de su hijo: Que el parecer él rico, atemperara en ellos el ánimo para con niño que no podía ostentar preclaro nombre. En ningún grupo hace el servilismo los estragos que entre los maestros y adláteres de la escuela. Jesuítas europeos tienen en Granada de Nicaragua un colegio en el que han dividido a los niños en categorías sociales, para fomentar en ellos, dicen, el afán de sobresalir, de distinguirse. Ungen con títulos: Hay un Príncipe del Colegio a quien llaman Alteza; hay duques, marqueses, condes, barones. Y lo curioso es que siempre es Príncipe aquel que tiene papá capaz de conseguir del Gobierno de la infeliz República, las mayores ventajas económicas para el Colegio de Centro América, como pomposamente se llama esa institución. Y no sólo en escuelas como ésa, que especializan en aristocratizar, establecen los educadores odiosas divisiones. El uniforme escolar fue ideado entre nosotros para hacer patente la democracia que a veces se ha pretendido enseñar e inculcar. De algo sirve el uniforme, pero con frecuencia se le burla el propósito. Conozco a ciertas horribles parásitas de escuela a quienes yo estrangularía y luego pediría que me fuesen otorgados premios como los que, en tiempos cuando había dragones, se daban a quienes mataban a esos monstruos. Estas mujeres son gorgonas para con los niños pobres de donde hacen su constante mala obra. Dudosas de su propio derecho a alto rango social, se complacen inconscientemente, en afirmarlo de continuo en la escuela, despreciando a los chiquillos de hogar pobre, sobre quienes ejercen despotismo, y tratando con intimidad zalamera a los que tienen hogar encopetado. «Encanto (o algo así), ¿qué desea?» es su modo de asquerosa melosidad para con las niñas de papá pudiente en el gobierno o próspero en los negocios Para las otras es la voz áspera, gruñona, de sargento. Hay directores de escuela también que son terribles para con los hijos de quienes no hicieron fortuna ni agarraron alto puesto en el saqueo de la política. Al hijo de don Fulano o de don Zutano, señores campanudos, no puede profesor ninguno ponerle baja calificación sin que se suelte jauría que el director se encarga de aplacar, borrando arbitrariamente la calificación que el profesor puso y poniendo otra, elevala, que satisfaga los humos paternales. Si el calificado es pobre, claro está que la baja nota es indeleble. ¡Y hay tontos que luego quieren que funcione entre nosotros el concepto de la igualdad ciudadana!

La farsa de la democracia nuestra la aprende en carne propia, todo chiquillo de escuela. Se ha abolido la férula, pero a los más esa letra les entra con sangre. Y nadie es tan enemigo de la democracia como esas pequeñas fieras de ropa corta a quienes la mentira sentimental quiere hacer ángeles. En el cuadro que Romain Rolland pinta de la niñez de Jean-Christophe, el gran francés da testimonio de la crueldad aristocrática infantil. ¡Ay del niño en quien otro niño, reconoce traje suyo usado, dado de limosna! ¡Terrible, demasiado doloroso, el descubrimiento del pequeño Jean-Christophe, de que su madre es humildosa cocinera! De esas penas quiso el padre de Horacio salvarlo, y su niño iba a la escuela como hijo de patricio o, lo que ya era más tenido en cuenta en Roma, como quien se gastaba heredada fortuna. Entendido lo cual, no nos sorprenderá el desenfado del poeta, ya hombre, en su trato con Mecenas y con el propio Augusto, emperador del orbe.

Pero, para que no fuese a hacerse fatuo, petulante, botarate, mujerero, vicioso, el solícito padre de Horacio no se alejaba de su lado, ni cesaba de señalarle los defectos que afeaban al prójimo, a fin de que Horacio los rehuyese en su persona. En la IV[ta.] del Primer Libro de *Sátiras* el poeta nos lo dice. Pide excusas si a veces habla con demasiada libertad, y explica cómo en él se formó esa costumbre:

Liberius si—*dice*—
Dixero quid, si forte jocosius, hoc mihi juris
Cum venia dabis. Insuevit pater optimus hoc me,
Ut fugerem, exemplis vitiorum quaeque notando.
Quum me hortaretur, parce, frugaliter, atque
Viverem uti contentus eo, quod mi ipse parasset:
"Nonne vides, Albi ut male vivat filius, ut qui
Farris inops? magnum documentum, ne patriam rem
Perdere quis velit." A turpi meretrices amore
Quum deterreret: "Scetani dissimilis sis."
Ne sequerer moechas, concessa quum venere uti
Possem: "Deprensi non bella est fama Treboni,"
Aiebat. "Sapiens, vitatu quidque petitu
Sit melius, causas reddet tibi; mi satis est, si
Traditum ab antiquis morem servare, tuamque,
Dum custodis eges, vitam famamque tueri
Incolumem possum. Simul ac duraverit aetas
Membra animumque tum, nabis sine cortice. Sic me
Formabat puerum dictis, et sive jubebat
Ut facerem quid: "Habes auctorem, quo facias hoc"
Unum ex Judicibus Selectis objiciebat.
Sive vetabat: "An hoc inhonestum et inutile factu
Necne sit, addubites, flagret rumore malo quum
Hic atque ille?" Avidos vicinum funus ut aegros
Exanimat, cogitque metu sibi parcere mortis
Sic teneros animos aliena opprobria saepe
Absterrent vitiis.

EJERCICIO:

Si dixero quid liberius, si
Si dijere algo con demasiada libertad, si
forte jocosius, dabis mihi hoc
acaso demasiado jocosamente, darás a mí este
juris cum venia.
derecho con perdón.

Optimus pater insuevit me hoc,
(Mi) muy buen padre acostumbró me con esto,
ut fugerem quaeque vitiorum,
para que huyese todos los vicios,
notando exemplis.
señalándo (los) por medio de ejemplos.

Quum me hortaretur uti viverem
Ceando me exhortaba que viviere
parce, fugaliter atque contentus eo
parcamente, frugalmente y contento con
quod ipse parasset mihi, «Nonne
lo que él mismo proveía para mí, «¿No
vides — ut filius Albi vivat
ves (me decía) cómo el hijo de Albius viva
male, ut qui inops farris?
malamente, como quien carece de pan?
Magnum documentum, — ne quis
Gran prueba (es ésta de) que nadie
velit perdere patriam rem.»
quiera perder la paterna hacienda.»

Quum — deterreret a turpi
Cuando (quería) contener (me) de torpe
amore meretricis: «Sis dissimilis
amor de meretriz: «Sé distinto
Scetani.» —
de Scetani» (solía decirme).

— Ne sequerer moechas, quum
(Para) que no siguiese mujerzuelas, cuando

possem uti venere concessa: «Fama
podría gozar pasión privilegiada: «La fama
Treboni deprensi, non est bella,»
de Trebonio cogido en el hecho, no es bella,»
aiebat. «Sapiens reddet tibi causas
decía. «El sabio dará a ti las razones
— quod sit melius vitatu, petituque:
(sobre) lo que sea mejor de evitar y de seguir:
Mi est satis si possum servare morem
Me es bastante si puedo seguir la máxima
traditum ab — antiquis, que tueri
heredada de (mis) antepasados, y guardar
incolumen vitam tuam famamque
incólume la vida tuya y la reputación
dum egis custodis. Simul ac
mientras necesitas de guardián. Tan pronto como
duraverit tuum membra animumque,
se haya robustecido tu cuerpo y (tu) juicio,
nabis sine cortice.»
nadas sin corcho.»

Sic me formabat puerum,
Así me formaba de muchacho,
dictis; et sive jubebat ut
por medio de dichos; y si deseaba que
facerem quid: «Habes auctorem quo
yo hiciera algo: «Tienes modelo por el cual
facias hoc,» — objiciebat unum ex
hagas esto,» (decía y) ejemplarizaba uno de
Judicibus Selectis; — sive vetabat:
los Jueces Selectos; (y) si prohibía;
«Addubites — an hoc sit inhonestum
«¿Dudas (decía) si esto sea deshonesto
et inutile factu nec ne, quum hic
e inútil de hacer o no, cuando fulano
atque ille flagret malo
y zutano están señalados con mala
rumore?»
reputación (por causa de ello)?

Ut funus vicinum exanimat
Como el funeral del prójimo acobarda
aegros avidos, cogitque parcere
a los enfermos ávidos, y los obliga a ser parcos
sibi, metu mortis, sic
para con sí mismos, por miedo de la muerte, así
opprobria aliena saepe absterrent
los oprobios ajenos frecuentemente abstienen
vitiis animos teneros.
de los vicios a los ánimos tiernos.

En otra versión de esta célebre sátira se lee, en vez de «*ut qui farris inops*», «*utque Barrus inops*»—«y cómo Barrus (está) en la in igencia.» Después de *inops* habría que sobreent nder *sit*. Esta quizás sea la lección legítima. Conduciría a creer que el Albius y el Trebonius y el Barrus mencionados no eran personajes ficticios, *ex machina,* sino individuos de carne y hueso; porque del último de ellos el escoliasta dice que era *vilissimae libidinis atque vitae.* No levantaba hombres de paja—*strawmen,* que dicen los yanquis, —Horacio para luego lucirse derribándolos. Arremetía contra los de carne y hueso. Era valiente. Su padre le enseñó a morder, pero con diente limpio. Lo hizo *castus,*—que es algo distinto de nuestro *casto* cristiano,—pero mordedor. El símbolo de la castidad entre los antiguos no era la hoja de parra sino la abeja. Ser *castus* era ser limpio y laborioso. Picador también. Hay que cuidar los dientes. el aguijón, y que ser valiente y primoroso trabajador, si se quiere seguir la ilustre huella del poeta.

Persiles

Rancho La Chola de la Cruz,
El General, agosto, 1932.

Urgente llamamiento

= De *Bohemia*. Habana. Agosto 7. 1932 =

Bajo ningún signo mejor que el de Bolívar pueden agruparse, para trabajar por el acuerdo espiritual de este Continente desorientado, todos los que comprenden la inminencia del grave peligro en que estamos por falta de solidaridad. Entre las tinieblas políticas del comienzo de la noche americana, ese héroe epónimo tuvo la visión precisa del obstáculo que nos impediría realizar nuestro destino: el disgregamiento de los espíritus, de las voluntades, de la acción, y su fatal consecuencia: las ambiciones mezquinas, erigidas en norma de conducta nacional, con su triste cortejo de luchas fratricidas, de conciencias menoscabadas, de envilecimientos de la dignidad. Esta hora de derrumbe de sistemas, de instituciones y de métodos, nos ha sorprendido, por causa de la disgregación que quiso evitar el visionario, indefensos en lo físico, en lo económico y en lo moral. Verdad es que aún no hemos logrado, a pesar de un tenaz empeño, esterilizar las magníficas simientes que por don natural recibimos—(en América todo se halla en germen, dice Keyserling)—pero al paso de destrucción que vamos, las civilizaciones originales que el filósofo alemán ve florecer en el porvenir de América pueden quedarse para siempre en "la noche de la Creación".

Encerrados en fronteras de egoísmos, de desconfianzas y de odios, o simplemente indiferentes a todo lo que ocurre dentro de las lindes de los países hermanos, no podemos darnos cuenta exacta de la realidad del momento: la reconstrucción fundamental de una sociedad; reconstrucción que, entre nosotros, por imperativo geográfico, estratégico, económico y humano, debe ser necesariamente **americana**. Sólo una fervorosa simpatía, con la lógica comprensión que ella produce, puede prepararnos el espíritu para llevar a cabo esa transformación de manera armónica y solidaria. No se trata de unión política. El anhelo bolivariano se escapa de lo posible hoy. Si no halló ánimos dispuestos cuando las ambiciones nacionales no habían ahondado aún las separaciones, menos va a hallarlos después de un siglo de aislamiento receloso, de mutuos desprecios, de soberbios orgullos. Mas sí es factible, ante la catástrofe inminente, unir esfuerzos y recursos espirituales para buscar la futura fórmula de la sociedad nuestra.

Y esta es la obra que debemos realizar bajo el signo de Bolívar. De alentar Martí, él sería el mediador, algo más todavía, el apóstol de nuestra nueva urgencia histórica.

Insustituíble es ese angélico batallador, que ahora estaría combatiendo las milicias del mal iberoamericano. Pero no escasean inteligencias y corazones que comprenden la necesidad de la cruzada y sienten las angustias de todo un continente que anda buscando a tientas su camino, sin un Moisés, sin armonía, sin simpatía de pueblo a pueblo, entre desolados pesimismos; de un continente que, en su desesperación, está constituyendo verdaderos sistemas ideológicos con los impulsos feroces del hombre.

Falta quien **dinamice** esas almas comprensivas y sensibles. Bastaría, tal vez, un urgente llamamiento para infundirles el optimismo creador de la acción. Y es la prensa la que debe hacerlo. Ella, la suprema animadora moderna de lo bueno y de lo malo, está en América, con raras excepciones, fallando su misión, traicionando nuestro destino. Nacionales son sus preocupaciones, nacionales sus congojas, nacionales sus luchas. El egoísmo regional la empequeñece. De las agitaciones y los pesares de las naciones hermanas, ella es sólo un eco informativo... ¡Estaciones sismógrafas de la historia americana, y **nada más**! ¿Cuándo se ve en ella la palabra adolorida, la contribución al estudio del problema de cada pueblo nuestro, que es el problema de todos? Raras veces. El ejemplo del **Repertorio Americano,** ese periódico-atalaya del espíritu y del dolor de América, es quizás único. Abiertas están de par en par sus puertas a todas las mentes guiadas por una recta conciencia iberoamericana. Abiertos los oídos para no perder ni una queja ni una protesta de este mundo que nos pertenece. Listo para recoger toda nueva expresión de belleza. Entusiasta, generoso, magnánimo y fuerte. Si otros órganos de mayores recursos materiales atemperaran sus normas a las de ese venerable hebdomadario, se acortaría "la noche de la Creación" americana.

La modesta intención de **Bohemia,** de abrir también su puerta, tan grande como pueda, al espíritu de América, debe ser motivo de esperanza para cuantos andan angustiados por nuestra desunión. Otros destellos vendrán a horadar nuestra "noche", cuyas tinieblas no son tan fecundas como cree Keyserling. Que acudan presurosos a todo campo que se les brinde, por pequeño que sea, los encargados de activar nuestros gérmenes. Que acudan a impedir su esterilización, si más no pueden.

Miguel Santiago Valencia

Concepto y emoción

= De *El Sol*. Madrid =

¡Lo que es el hecho de la palabra, el hecho soberano, el hecho hacedor! Están discutiendo lo que llaman el hecho diferencial, y en rigor no discuten más que palabras, palabras diferenciales, y no es poco. ¡Pero qué palabras! Palabras cargadas y tupidas, más que de concepto, de emoción; palabras, más que conceptuales, emotivas. Y emocionales, si es que no emocionantes.

Claro está que lo conceptual puede ser emocional, y suele serlo. Porque hay la emoción del concepto. Emoción es de emover—o mover—, y concepto, de concebir, y no se concibe sin emoción, sin movimiento. Los grandes conceptistas —San Pablo, San Agustín, Quevedo entre nosotros, Pascal...—, los grandes conceptuosos, han solido ser grandes emocionales. Así como los grandes dialécticos han han solido ser grandes dialectales. Porque dialecto, aparte de esa idea vulgar que le cree un término algo despectivo y como si indicase un rango subordinado respecto a idioma o lengua, dialecto es lengua de conversación, de diálogo, no cuajada en formas rígidas de lenguaje oficial. Y la emoción de las palabras, su valor emotivo, suele provenir de su íntima dialéctica, de su íntima contradicción, de que encierran una lucha, una contrariedad de sentidos, de que se prestan a opuestas interpretaciones, de que tienen historia. Ya que la historia la hace el juego dialéctico— y dialogal—de las contradicciones. ¿Hay nada más dialéctico—y más dialectal— que el que se llame generalidad a una mera particularidad?

Se discutían palabras: soberanía, autonomía, nación, estado... ¿Y sus conceptos? La emoción los oscurecía. Alguno de los discutidores llegó a decir que se trataba de rango. Es como cuando se habla de majestad—que quiso decir en un principio "mayoridad", la cualidad de ser el mayor—, que pesa toda una tradición monárquica. Y esta misma palabra monarquía ha venido a adquirir tal sentido, que ya hay quien forja otra: monocracia. Para aplicarla, por ejemplo, a una República unitaria, como la francesa. Y así como antaño oíamos hablar de la consustancialidad de la patria con la Monarquía, hemos oído hablar de la consustancialidad de la República con España. ¡Consustancialidad! ¡Y cómo nos suena este término a resonantes disputas teológicoescolásticas! La verdadera consustancialidad es la de la idea con la palabra. Que si se ha dicho que la idea es la palabra interior, lo mismo pudo haberse dicho que la palabra es la idea exterior, la idea hacia fuera. Y una superficie es cóncava o convexa según desde donde se la mire. Igual ocurre con derecha e izquierda. Y un buen sentido dialéctico le libra a uno de tomar partido, que es renunciar a ver y a sentir claro. Porque en un partido el concepto se convierte en lema; peor, en santo y seña.

"¡Hechos, hechos, hechos!", decía aquel pedagógico maestro de escuela de "Tiempos difíciles', de Dickens, y sus hechos eran, naturalmente, palabras. Porque lo que después se ha llamado lecciones de cosas, ¿qué ha solido ser sino lecciones de palabras? De cómo ha de llamarse a cada cosa y del modo de conocerlas por su nombre. Cuenta el Génesis (II, 19) que Jehová llevó los animales a Adán para que éste les diese nombre, "y todo lo que Adán llamó a los animales vivientes, ese es su nombre". Y en esto seguimos. Y por esto, por cómo se le ha de llamar a algo, seguimos peleándonos los hijos de Adán. Hay quien dice: "¡Pues llámele hache!", como puede decir: "¡Llámela ene!"—¿no hablamos de enésima potencia?—, o "¡Llámele equis!" Y en la mayoría de los casos, esto sería lo más acertado: llamar equis. Pero se atraviesa la emocionalidad y el rango... Aunque para emoción, la más honda, la más recia, la más duradera, es la emoción de la equis. No ya emoción, sino conmoción. Nadie más emotivo que el escéptico. ¡Ay, y la conmoción de la escepsis! No la hay mayor.

Empezamos refiriéndonos al llamado hecho diferencial—todos los hechos son diferenciales e integrales a la vez—, y decíamos que es una palabra, una denominación diferencial. Y en el caso histórico y concreto actual se reduce casi a un lenguaje diferencial. Con el que se trata, más que de conservar una concepción diferencial, de salvaguardar una emoción diferencial. Y de guardarla avaramente. Y aquí no podemos sino recordar lo que San Pablo, el gran conceptista, les decía a los corintios en la segunda de las Epístolas que les dirigió (VIII, 1-2): "Os hacemos saber, hermanos, la gracia de Dios dada a las iglesias de Macedonia, que en gran prueba de tribulación les quedó la abundancia de su gozo, y su pobreza en hondura les abundó en la riqueza de su sencillez". O mejor sería traducir: simplicidad. Y es ciertamente un consuelo cuando se sufre la tribulación de la pobreza en hondura—y toda diferencialidad de espíritu no es sino pobreza en hondura, y además avara—poder sentirse abundado de riqueza de sencillez, de esa sencillez que se paga del rango de las denominaciones. Que ya dijo el Cristo: "¡Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es... !", y no seguimos porque viene una palabra cuya emoción se trata de proscribir. Como no acabáramos la consabida bienaventuranza así: "...porque de ellos es la República de ultratumba". La pobreza en espíritu suele ser pobreza en conceptos claros y firmes, aunque se compadezca con riqueza de sencillez. Que es lo que les suele ocurrir a aquellos en quienes las emociones diferenciales ahogan los conceptos integrales.

Miguel de Unamuno

Poesías...

(Viene de la página 136)

En la sombra de la noche se ahondó la voz de la piedra
y por los campos corría el agua de las estrellas...

Taxco, 1931.

CONOCEN EL PEQUEÑO CEMENTERIO...

¿Conocen el pequeño cementerio de Taxco?

perdido entre la montaña parece un zapato blanco,
sin plantas, sin cruces, sin nombres
lo mueven las nubes blancas
y los caminos de los pies desnudos
y los caminos misteriosos del alma.

En medio de las montañas
como una flor en un círculo de hierro.

Entre tantos nidos blancos
hay un pequeño corazón
inmóvil y sin suspirar.

Recuerdo la tarde alejada seca y triste
en que sobre los hombros de unos niños humildes
descansaba la caja de 50 centímetros.

En la noche fría regresaron mi compañero y mi hijo de 5 años
se acostaron uno de cada lado
agarrados de mis manos
y hasta el día claro llegó
la conversación de lágrimas.

Taxco, 1931.

RODEMOS DENTRO DE LA NOCHE...

Rodamos dentro de la noche honda y húmeda
dentro de la garganta enrojecida de la noche
¿quién despierta a esta hora el sueño de las plantas?
de los pájaros escondidos?
de los perfumes enterrados?
de las raíces oprimidas?

Los hombres mexicanos tapados
y trenes con tropas,
la luna adentro y afuera del agua
sobre los techos y las vías encendidas
todos nos miran misteriosos y aislados como los muertos.
¿Yo voy adentro de la marcha
o voy adentro de la noche?

Yo sólo sé que penetro con mi corazón ardiente
al corazón apretado del mundo.

Blanca Luz Brun

Fronteras de México y Estados Unidos.

Nostalgia

= Envío de la autora =

A *Froylán Turcios*, porque ama a nuestra patria como a «la propia».

No hay vocablo preciso que defina el ansia de volver a la patria. No en el diccionario de la lengua sino en el idioma del corazón, existe la expresión de ese anhelo que se asoma a los ojos en luces extrañas, que los entrecierra para percibir mejor a la distancia la visión de seres amados, o de retazos de vida en que tantas veces prendimos la ilusión, como mariposa de luz.

Este añorar extraño, que nos picotea como cuervo el corazón, tórnase a veces en garra afilada que tortura incesante.

¡Nostalgia! Cuán diferentes emociones componen este "dolor de la patria lejana". En alguna hora se convierte en inquietante ansiedad. Vacío que nada puede llenar, otras. Anhelo indefinido, las más.

Ese afán constante de buscar en lo presente los detalles lejanos. Parecerán pueriles algunos de los momentos en que el ser **extranjero** nos pesa, como un grillo, en el alma. ¡Es tan variado el disfraz de la nostalgia! Hoy, al despertar, ha sido la necesidad urgente de posar nuestra vista en la hermosa curva de montañas de azul puro, que se tienden como peana, para que descanse Dios—el cielo—su pie azul también. Qué esfuerzo el de la vista para gozar, a la distancia, ese paisaje que vive varios días en la cámara de los recuerdos. Ese sentimiento no cesa su palpitación. Mañana tomará la forma de un capricho: Oir el canto doliente del gallo que, como un reloj, pregonara las horas largas de una madrugada en vela. Simple deseo, más intensamente sentimental; otra vez cambiaríamos todas las maravillas de la civilización por oír aquí, bajo nuestra ventana, o en la esquinita del cuarto, la queja monótona de un grillo; escarbaríamos hasta el centro de la tierra en la esperanza de encontrar al músico doliente y familiar.

Otra vez ese dolor latente encuentra su expresión en las cosas más triviales: Aflige el no haber reconocido una simple hoja al lado del camino. Hasta las plantas nos son extrañas, cuando en "la propia" nos era familiar la más diminuta hoja de brizna.

En otra ocasión es instrumento de tortura el olfato: ese olor a selva tropical, a aire puro, a vida exhuberante, que se cuela hasta la médula. O aquel a tierra mojada, tras el fertilizante aguacero...

Ese sentirse extraño, desligado de todo y de todos; no encontrar nada de común con lo nuestro, ni la expresión de los semblantes; ni un pensamiento que vibre al unísono con el de una raza en que el sentimiento está atrofiado porque ha concedido excesivo interés a la manifestación de la materia.

Ese constante buscar semejanza de seres ausentes en caras que jamás hemos visto. Sin conexión con nada, hay en nuestra mente evocaciones simpáticas: recordamos a alguien que tenga rasgo común con alguno de la multitud cambiante que nos rodea.

En esta variedad de emociones, de una cosa sí estamos seguros: Que nuestro pensamiento y corazón se alargan... se alargan... hasta el hogar distante, y su centro sensible está muy más allá de los mares.

Gris

Plattekill, N. Y., 1932.

Instantáneas de la tarde playera

= De *Vivir*. San Salvador =

I

FRENTE AL MAR

A *Francisco Gavidia*

El mar, el mar, el mar, el mar...
Vientre del mundo, arca, baul
donde el Sol húndese a guardar
tesoros de vida y de luz.

Playa del mar en pleamar:
circo de inmenso aplauso azul.
En verónicas de azahar
mil toros alzan el testuz.

Sueño gris de la lejanía:
opio del mar cuya folía
de una emoción de más-allá.

Yo sentí siempre y siento ahora
un loco afán de hacerme prora
hacia el confín crepuscular...

II

LOS LANCHONES

A *Alberto Masferrer*

Bostezos de melancolía
lanza el azul. Duermen los vientos.
Arria su bandera el día.
Suaviza el calor sus tormentos.

Entre el ojo y la lejanía,
como rumiando aburrimientos,
los lanchones de la bahía
van cabeceando macilentos.

Mansos, sin sexo, tristes, lentos,
andan chafando, soñolientos,
la pradera crepuscular...

Son, a la luz que se aletarga,
tras la jornada amarga y larga,
bueyes de carga sobre el mar.

III

LOS CIRROS

A *Salarrué*

El viejo Sol llega a la playa,
a la playa crepuscular,
y tira alegre su atarraya
hasta el propio seno del mar.

Con su carota de pitahaya
ríese radiante al sacar
celentéreos de linda laya
y crespones de espumamar.

El viejo Sol alza la pesca:
frota las piezas en su yesca
y de luz viva las satura.

Ya en el confín, al dar la vuelta,
diciéndonos adiós las suelta
y de cirros llena la anchura...

IV

EL CREPUSCULO

A *Alberto Guerra Trigueros*

Muerto de sueño, haciendo cruces
los torpes pies al caminar,
el viejo Sol se fué a acostar
y en el mar cayó de bruces.

Fué un gran escándalo de luces.
S. O. S. sobre el mar
era el continuo disparar
de policromos arcabuces.

Enjambres de raras avispas
eran los arco-iris de chispas
en aquel naufragio mayúsculo.

Hizo de paje un arrebol
que anunció en rojo:
—¡Ha muerto el Sol,
viva el Crepúsculo!

V

LAS CONCHAS

A *Claudia Lars*

Por no olvidarse el buen Jesús
de su antigua carpintería,
suele ir al taller del día
a garlopar tablas de luz.

Con ojo avaro el mar lo espía;
y sin decir ni tus ni mus
estira bajo el cielo sus
grises carpas de lejanía.

Y llueven en todas las rutas
lascas, virutas y volutas
en estupendo meteoro.

El astuto mar se aprovecha,
y a su playa echa la cosecha
azul de las conchas de oro...

Adolfo Ortega Díaz

Puerto La Libertad, El Salvador. Octubre del 31.

La muerte de Masferrer

Al cerrar esta edición de Repertorio, nos ha venido a abrumar la noticia dolorosísima de la muerte de Alberto Masferrer. No sólo su patria nativa, El Salvador, sino la América Latina toda, pierden con su desaparición a uno de los hombres más importantes de la época que vivimos: A un honrado servidor de altos ideales, a un esforzado luchador por buenas causas, a un generoso director de juventudes. En Centro América los varones de su talla son contados. Les corresponde a quienes quedan, la tarea de continuar la obra de Masferrer, perpetuar su espíritu, mantener vivo su recuerdo. Y anhelo de todos los que al grande hombre conocieron y admiraron ha de ser en estos momentos que El Salvador se honre repatriando los restos del más ilustre de sus hijos de esta época, a quien le tocó morir en el destierro, agobiado por muchas penas, víctima de sus constantes sacrificios por la patria.

EDITOR: J. García Monge
Correos: Letra X

REPERTORIO AMERICANO
SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

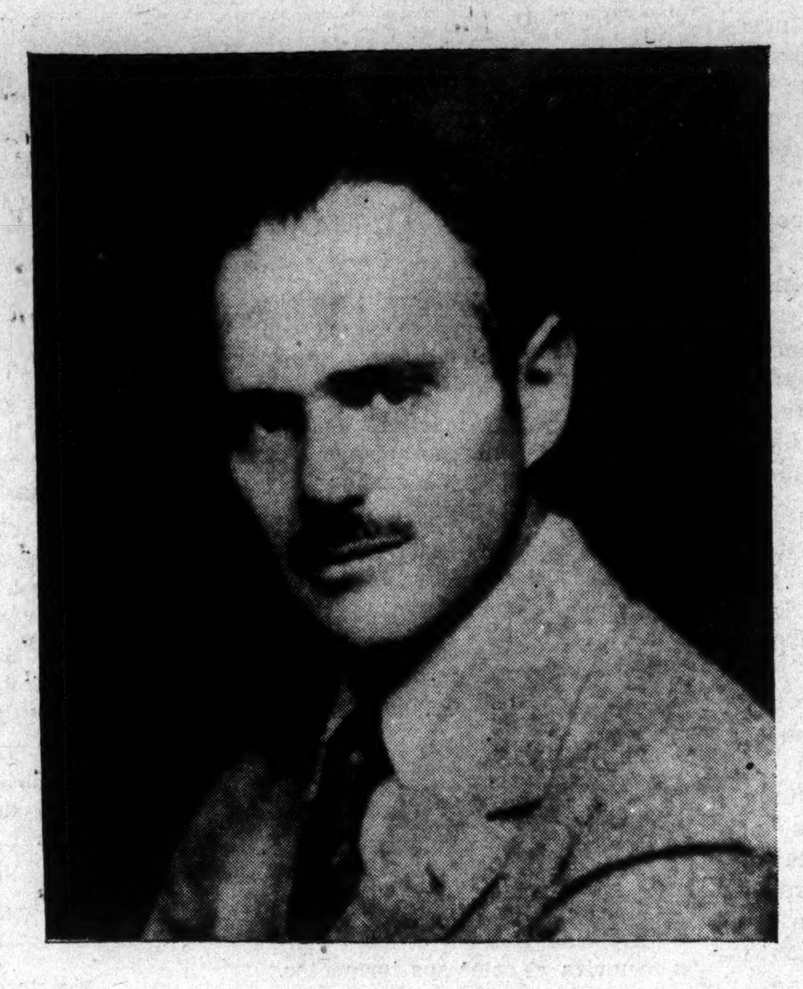
Suscrición mensual, ₡2.00
EXTERIOR: El semestre, $ 3.25 / El año, $ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York.

UNA VOZ

Desde América y para América

= De *El Sol*. Madrid =

Waldo Frank ha corrido desde las fronteras de Tejas y California hasta el cabo de Hornos. Galopes de nostalgias le han hecho caminar en pos de la vertebración andina. Ha preferido que el castellano le cantara en sus oídos y ha vuelto la espalda a los hombres rubios que llegaron a Nueva Inglaterra en los albores del cuarteamiento de Europa. Frank sabe muchas cosas; pero ignora—o finge ignorar—también bastantes. Persigue—o mejor, sueña—un hondo y fuerte sentido religioso, y labora, sin embargo, por el aniquilamiento de los motores de la fe. Para Frank el milagro de la colonización española lo hizo la fe católica del hombre de España; se buscaba oro y se sembraban cruces. El español hacía de la india la madre de sus hijos; la despertaba al amor y la inundaba luego con su cristiano concepto de la hermandad de los hombres. Las "nuevas leyes de Indias" harían el resto, aunque, apoyándose en aisladas venalidades, se fabricara después un código del rencor y el resentimiento y una leyenda levantada bajo los más oscuros vuelos. El español de la conquista es para Frank una mezcla de fervoroso violento y de hombre que persigue realidades inmediatas; no olvida, a lo largo de sus viajes y sus libros, las jornadas de El Cuzco y de la "Noche triste", con los pechos de los soldados apoyados en su fervor militar por la sed del oro; pero le juega la contrapartida—en su repetición, que llega a hacer ley—el ardido ímpetu con que recorre miles de kilómetros para volver cargado de renuncias y miserias una vez que ha ido repartiendo sus tesoros íntimos.



Waldo Frank

Porque el español se equivoca, a pesar de todo; se equivoca en su propio daño, en lo que se refiere a su persona, pues se da sin regateo, mientras sobre el paralelo 35 se está fabricando un sistema de vida al que apuntaban vagos racionalismos, oscuras y frígidas renuncias individuales y disparadas apetencias de poderío terrenal. Pero al español le bailan otras perspectivas ante sus ojos; su reino no es el de "ese" mundo, y por eso sabe jugar a perder en una reiteración de privaciones, pasos perdidos y objetivos distantes. La riqueza,—el oro: la intendencia de la conquista—, si es que se le da, ha de ser por añadidura.

Pero Frank no cree solamente en el español; cree y espera en el indio. El inca pudo llegar antes de las jornadas coloniales a un concreto y firme concepto del Estado, mejor aún, de la comunidad, según la terminología empleada por Frank y tan propicia a equívocos y capciosas interpretaciones. El indio tenía conciencia de su destino cuando las naves de España llegaron al mar de las Antillas a favor de circulares vientos de unidad; el español le rectificó la ruta y lo dotó de una nueva y dúplica manera de ver (en el fondo, lo que hizo fué hacerle entender la Historia y meterlo en ella a empellones). El siglo XVIII fructificaría torciendo los rumbos que ya se dibujaban con indecisión; el concepto de lo nacional surgiría, fraccionando el católico sentir de España. La obra española se erizaría de fronteras al redoble de los tambores revolucionarios del siglo XIX; juntos ya, el indio y el español se incorporarían a la corriente liberal y romántica; harían su aparición los libertadores, y comenzaría la penetracón de los hombres del Norte; las estrellas de la Unión norteamericana irían creciendo en la esquina de sus pabellones. Pero ya no se trataba de colonizar, de unificar hombres y tierras, sino de encontrar mejores y más amplios mercados, al amparo, si preciso fuera, del fusilero de la escuadra.

Si España no había sabido romper el istmo, peor para ella; la puerta del canal juntaría puertos y mares. Frank cree encontrar aquí la clave de varios secretos. Como también cree en un resurgir atlántico, en que orillas españolas beban la nueva fe que llega de las costas de la América hispana. Pero las premisas de Frank van perdiéndose al lento y divagatorio avance de su pluma. Su último libro (1) amplía y en parte rectifica, aunque levemente, posiciones anteriores. Para él, América espera respaldada por España; su destino se hará uno solo, y de la común comprensión habrá de salir la común esperanza. ¿Y cuál será ésta? Frank no quiere romper del todo los sellos de su presunto mensaje; ideas y posiciones se baten en su interior y él las deja que corran hacia el futuro. "De la novela a la síntesis histórica", se podría subtitular este libro sobre la América hispana.

José María Alfaro

(1) Waldo Frank: *América Hispana*. Un retrato y una perspectiva. Traducido del inglés por León Felipe. Espasa-Calpe, S. A., Madrid.

Imprenta LA TRIBUNA